LOS QUE SE VAN

ENRIQUE GIL GILBERT
DEMETRIO AGUILERA MALTA
JOAQUIN GALLEGOS LARA

CUENTOS DEL CHOLO MONTUBIO

EL MALO — ENRIQUE GIL GILBERT

Duermase niñito
Duermase, por Dios
Duermase niñito
Que allíviene el cuco
Ahahá, ahahá

Y Leopoldo elevaba su destemplada voz meciéndose a todo vuelo en la hamaca, tratando de arrullar a su hermano menor.
—Er moro
Así lo llamaban porque hasta muy crecido habrá estado sin recibir las aguas bautismales.
—Er moro! Jesú, que malo ha de ser
—Y nua venio tuabia la mala pájara a gritajle.
—Iz que cuando uno es moro la mala pájara pare...
—No: le saca los ojitos ar moro.

San José y la Virgen
Fueron a Belén
A adorar al niño
Y a Jesús también
María lavaba
José tendía
Los ricos pañales
Que el niño tenía
Ahahá, ahahá

Y seguía meciendo. El cuerpo medio torcido, más elevaba una pierna que otra, solo la más prolongada servía de palanca mecedora. En los labios un pedazo de nervio de res: el rompe camisa.
Más sucio y andrajoso que un mendigo, hacía exclamar a su madre:
—Si ya nuay vida con ese demonio! Vea: si nuace un ratito que lo hey vestío y ya anda como de un mes!
Pero él era imposible. Travieso y malcriado por instinto. Vivo; talvez demasiado vivo.
Sus pillerías eran porque sí.
—Porque se le antojaba hacerlo...
Ahora a su papá y su mamá se habían ido al desmonte. Tenía que cocinar. Cuidar a su hermanito. Hacerlo dormir, y cuando ya esté dormido, ir llevando la comida a sus taitas. Y lo más probable era que recibiera su cueriza.
Sabía sin duda lo que le esperaba. Pero aunque ya el sol "estaba bastante paradito", no se preocupaba de poner las ollas en el fogón. Tenía su cueriza segura. Pero, ¡BAH!
Que era jugar un ratito?... Si le pegaban le doleria un ratito y... nada más. Con sobarle contra el suelo, sobre la yerba de la virgen.
Y viendo que el pequeño no se dormía se agachó; se agachó hasta casi tocarle la nariz contra la de él.
El bebé, espantado saltó, agitó las manecitas. Hizo un gesto que lo afeaba y quiso llorar.
—Duermete —ordenó.
Pero el muy sinvergüenza en lugar de dormirse, se puso a llorar.
—Vea ñatito: duérmase que tengo que cocinar.
Y empleaba todas las razones mas convincentes que hallaba al alcance de su mentalidad infantil.
El mal bebé no hacía caso.
Recorrió entonces a los métodos violentos.
— No quieres dormirte? Ahora verás!
Lo cogió por los hombritos y lo sacudió.

—Si no te duermes, verás.
Y más y más lo sacudía. Pero el bebé gritaba y gritaba sin dormirse.
—Agú! Agú! Agú!
—Parece pito, de esos pitos que hacen con cacho 'e toro y ombligo de algarrobo.
Y le parecía bonita la destemplada y nada simpática musiquita.
Vaya! Qué gracioso resultaba el muchachito, así, moradito, contrayendo los bracitos y kas iernitas para llorar.
—Jí, ji, ji! Como si ase! Ji, ji, ji!
Si él hubiera tenido senos como su mamá, ya no lloraría el chico, pero... Por qué no tendría él?
Y él sería cuando grande como su papá... Iría...
—Agú! Agú! Agú!
Carambas, si todavía lloraba su ñato!
Lo bajo de la hamaca.
—Leopordo!
—Mande
—Nuas visto mi gallina fina?
—Yo no hey visto nada...
Y la Chepa se alejaba murmurando:
—Si es malo-malo-malo, er mismo malo!
Vieja majadera! Venir a buscar gallinas cuando él tenía que hacer dormir a su ñato y cocinar... Ya el sol "estaba más paradito que denantes".
—Agú! Agú!
Que gritón el muchacho! Ya no le gustaba la musiquita!
Y se puso a saltar al rededor de la criatura. Saltaba. Saltaba. Saltaba.
Y los ocho años que llevaba de vida se alegraron como nunca se habían alegrado.
Si había conseguido hacerlo callar, lo que pocas veces conseguia... Y más todavía, se reía con él... con él que nadie se reía.
Por eso talvez era malo
Malo? Y que sería él? A los que les grita la lechuza antes de que los lleven a la pila, son malos... Y a él dizque le habían gritado!
Pero nadie se reía con el.
—No te ajuntes con er Leoprdo —había oído que le decían a los otros chicos—. No te ajuntes con ese que's malo.
Y ahora le había sonreído su hermanito. Y dizque los chiquitos son angelitos!
—Güio! Güio!
Y saltaba y más saltaba a su alrededor.
De repente, se paró.
—Ay!
Lloró. Agitó las manos. Lo mismo había hecho el chiquito.
—Y donde cayó el machete?
Tornaba los ojos de uno a otro lado.
—Pero de onde caería? No sería er diablo?
Y se asustó. El diablo debía estar en el cuarto.
—Uy!
Sus ojos se abrieron... mucgo... mucho...
Tanto que de tan abiertos se le cerraron. Le entró tanto frío en los ojos! Y por los ojos le pasó al alma.
El chiquito en el suelo... y él viendo. Sobre los pañalitos... una mancha como de fresco de pitahaya... no... si era... como de tita de mangle... y salía... que colorada!
Pero ya no lloraba.
—Ñatito-
No, ya nolloraba. Qué le había pasado? Pero de donde cayo el machete? El diablo.

Y asustado salío. Se detuvo apenas dejó el último escalón de la escalera.
Y si su mamá le pegaba? Como siempre le pegaban...
Volvió a subir... Otra vez estaba llorando el chiquito... Sí! Si estaba llorando... Pero cómo lloraba! Si casi no se le oía!
—Oí! Como se ha manchado! Y que colora'o! Qué colora'o que'sta! Si to'ito se ha embarra'o!
Fue a deshacerle el balluco de pañales. Con las puntas del índice y del pulgar los cogía: tantomiedo le daban!
Eso que le salíaera como la sangre que le salía a él cuando se cortaba los dedos mientras hacía canoítas de palo 'e balsa.
Eso que le salía con sangre.
—Cómo caería er machete?
Allí estaba er diablo...
El diablo. El diablo. El diablo.
Y bajó. No bajó. Se encontró sin saber cómo, abajo. Corrió en dirección "al trabajo" de su papá.
—Yo no hey sido! Yo no hey sido!
Y corría.
Lo vió pasar todo el mundo.
Los hijos de la Chepa. Los de Meche. Los de Victoria. Los de la Carmen. Y todos se apartaban.
—Er malo!
Y se quitaban.
—Lo ves como llora y como habla? Se ha volvío loco! No se ajunten con él que la lechuza lo ha grita'o!
Pero él no los veía.
El diablo... su hermanito... como fué? Er diablo... Er malo... Er... Er que le decían el malo!
—Yo no juí! Yo no juí! Si ya no sé!
Llegó. Los vio de lejos. Si les decía le pagaban... No; él les decía...
Y avanzó:
—Mamá! Taita!
—Qué quieres vos aquí? No te dejé cuidando ar chico?
Y lloró asustado. Y vió: Er diablo...
Su hermanito. El machete.
—Si yo no fuí... Solito no más se cayó! El diablo!
—Qué ha pasa'o?
—En la barriguita... pero yo no fuí! Se cayó solito! Naidien lo atocó! Yo no juí!
Ellos adivinaron.
Y corrieron. Él asustaron. Ella llorosa y atrás, Leopoldo con un espanto más grande que la alegría de cuando su hermanito le sonrió.
Para todos pasó como algo inusitado ver corriendo como locos a toda la familia.
Algunos se reían. Otros se asustaban. Otros quedaban indiferentes.
Los muchachos se acercaban y preguntaban:
—Qué ha pasa'o?
Hablaban por primera vez en su vida al malo:
—Yo no hey sido! Jué er diablo!
Y se apartaban de él.
Lo que decían.
Y subieron todos y todos vieron, y ninguno creyó en lo que veía. Solo él —el malo— asustado, tan asustado que no hablaba —cosa rara en él— desgreñado, sucio, hediondo su sudor miraba y estaba convencido de que era cierto lo que veían.
Y sus ojos interrogaban a todos los rincones. Creía ver al diablo.
La madre lloró.
Al quitarle los pañales vio con los ojos enturbiados, por el llanto lo que hubiera querido ver...
Pero, quién hubiera sido?

Juan, el padre, explicó: como de costumbre, él había dejado el machete entre las cañas... él, nadie más que él, tenía la culpa.
No. Ellos no le creían. Habia sidoel malo. Ellos lo acusaban.
Leopoldo, llorando imploraba:
—Si yo no fuí! Fue er diablo!
—Er diablo eres vos!
—Yo soy Leopordo!
—Tu taita ej el diablo, no don Juan!
—Mentira —gritó la madre ofendida.
Y la vieja Victoria, bruja y curandera, arguyó con su voz cascada:
—Nua sido otro que'r Leopoldo, porque er, ej er diablo. Y naidien más que'r tiene que haber sido!
Leopoldo, como última protesta:
—Yo soy hijo 'e mi taita.
Todos hacían cruces.
Había sido el malo. Tenia que ser. Ya habia comenzado. Después mataría más.
—Hay que decirle al politico el pueblo.
Se alejaban del malo. Entonces él, sintió repulsión de ellos. Fue la primera vez que odió.
Y cuando todos los curiosos se fueron y quedaron solos los cuatro, María, la madre lloró. Mientras Juan se restregaba una mano con otra y las lágrimas rodaban por sus mejillas.
María vió al muerto... Malo Leopoldo, malo! Mató a su hermano, malo! Pero, ahora vendría el Político y se lo llevarían preso... Pobrecito. Como le tratarían? Mal, porque era malo. Y con los brutos que eran los de la rural. Pero había matado a su hermanito. Malo, Leopoldo, malo.
Lo miró. Los ojos llorosos de Leopoldo se encontraron suplicantes con los de ella.
—Yo no hey sido, mamá!
La vieja Victoria subió refunfuñando:
—Si es que's malo de nación! Es ér, el malo, naidien más que ér!
María abrazó a su hijo... muerto... Y el otro? El Leopoldo?... No, no podía ser?
Corrió, lo abrazó y lo llevó junto al cadaver. Y allí abrazó a su hijo muerto y al vivo.
—M'ijito! Pobrecito!
—Le gritó la lechuza...
El machete viejo, carcomido, manchado a partes de sangre, a partes oxidado, negro, a partes plateado, por no se qué misterio de luz, parecía reírse.
—Es malo, malo Leopoldo.

EL GUARAGUAO — JOAQUÍN GALLEGOS LARA

Era una especie de hombre. Huraño, solo. No solo: con una escopeta de cargar por la boca y un guaraguao.
Un guaraguao de roja cresta, pico férreo, cuello aguarico, grandes uñas y plumaje negro. Del porte de un pavo chico.
Un guaraguao es, naturalmente, un capitán de gallinazos. Es el que huele de más lejos la pobredumbre de las bestias muertas para dirigir el enjambre.
Pero este guaraguao iba volando alrededor o posando en el cañon de la escopeta de nuestra especie de hombre.
Cazaban garzas. El hombre las tiraba y el guaraguao volaba y desde media poza, las traía en las garras como un gerifalte.
Iban solamente a comprar pólvora y municiones a los pueblos. Y a vender las plumas conseguidas. Allá le decían "Chancho-rengo".
—Ej er diablo, er muy pícaro, pero siace er Chancho-rengo.
Cuando reunía siquiera dos libras de plumas las iba a vender a los chinos dueños de pulperías.
Ellos les daban quince o veinte sucres por lo que valía lo menos cien.
Chancho-rengo lo sabía. Pero le daba pereza disputar. Ademas no necesitaba mucho para su vida. Vestía andrajos. Vagaba en el monte.
Era un negro de finas facciones y labios sonrientes que hablaban poco.
Se suponía que había venido de Esmeraldas. Al preguntarle sobre el guaraguao, decía:
—Lo recogí de puro frega'o... Luey cria'o desde chiquito, er nombre ej Arfonso.
—Porque Arfonso?
—Porque así me nació le pones.
Una vez trajo al pueblo cuatro libras de plumas en vez de dos. Los chinos le dieron cincienta sucres.
Los Sanchez lo vieron entrar con tanta pluma que supusieron que sacaría lo menos docientos.
Los Sanchez eran dos hermanos. Medio peones de un rico, medio esbirros y guardaespaldas.
Y, cuando gastados ya diez de los cincuenta sucres, Chancho-rengo se iba a sus montes, lo acecharon.
Era oscuro. Con la escopeta al hombro y en ella parado el guaraguao, caminaba.
No tuvo tiempo de defenderse. Ni de gritar. Los machetes cayeron sobre él, de todos lados. Saltó por un lado la escopeta y con ella el guaraguao.
Los asesinos se agacharon sobre el caído. Reían suavemente. Cogieron el fajo de billeres que creían copioso.
De pronto Serafín, el mayor de los hermanos, chilló:
—Ay, ay, ay! Ñato, me ha picotado una lechuza.
Pedro, el otro, sintió el aleteo casi en la cara. Algo alado estaba allí. En la sombra. Algo que defendía al muerto.
Tuvieron miedo. Huyeron.
Toda la noche estuvo Chancho-rengo arrojado en la hojarasca. No estaba muerto.: se moría.
Nada igualaba la crueldad de lo ciego y el machete meneado ciegamente le dejó un mechoncito de hilachas de vida.
En el frío de la madrugada. Una cosa pesaba en su pecho. Movió —casi no podía— la mano. Tocó algo áspero y entreabrió los ojos.

***

El alba floreaba de violetas los huecos de follaje que hacían encima un techo.
Le parecía un cuarto. El cuarto de un velorio. Con raras cortinas azules y negras.
Lo que tenía en el pecho era el guaraguao.
—Ajá, eres vos Arfonso? No... no... me comas... un... hijo... no... muesde... ar padre... loj... otros...
El día acabó de llegar. Cantaron los gallos de montes. Un vuelo de chocotas muy abajo: muchisimas.

Otro de chiques, más alto.
Una banda de micos de rama en rama cruzó chillando.
Un gallinazo pasó arribísimo.
Debía haber visto.
Empezó a trazar amplios circulos en su vuelo. Apareció otro y comenzó la ronda negra.
Vinieron más. Como moscas. Cerraron los circulos. Cayeron en loopings. Iniciaron la bajada de la hoja seca.
Estaban alegres y lo tenían seguro.
Se retardían cazando nubes?
Uno se pasó tímido en la hierba a poca distancia. El hombre es temible aún después de muerto.
Grave como un obispo, tendió su cabeza morada. Y vio al guaraguao.
Lo tomaría por un avanzado. Se halló más seguro y se adelantó. Vinieron más y se aproximaron aleteando. Bullicio de los preparativos del banquete.
Y paso algo muy extraño:
El guaraguao como gallo en su gallinero atacó, espoleó, atropello. Resentidos, se separaron, volando a medias, todos los gallinazos. A cierta distancia parecieron conferenciar: ¡qué egoísta! Lo quería para el solo.
Encendía lamañana. Todos losintentos fueron rechazados. Un chorro verde de loros pasó metiendo bulla. Los gallinazos volaroncobardemente más lejos.
Al medio día la sangre del cadáver esta cubierto de moscas y apestaba.
Las heridas, la boca, los ojos, amoratados.
El olor incitaba el apetito de los viudos. Vino otro guaraguao. Alfonso, el de Chancho-rengo lo esperó cuadrándose. Sin ring. Sin cancha. No eran ni boxeadores ni gallos. Encarnizadamente pelearon.
Alfónso perdió el ojo derecho, pero mató a su enemigo de un espolazo en el cráneo. Y prosiguió espantando a sus congéneres.
Volvió la noche a sentarse sobre la sabana.

***

Y fue así como...
Ocho días más tarde encontraron el cadáver de Chancho-rengo. Podrido y con un guaraguao terriblemente flaco —hueso y pluma— muerto a su lado.
Estaba comido de gusanos y de hormigas; no tenía la huella de un solo picotazo.

EL CHOLO QUE ODIÓ LA PLATA — DEMETRIO AGUILERA MALTA

—Sabes vos, Banchón?
—Qué, don Guayamabe?
—Los blancos son unos desgraciados...
—De verdá...
—Hey trabaja'o como un macho siempre... Hey jodío como nadie en estas islas. Y nunca hey tenío medio.
—Tenés razón
—Y no me importaría eso.
—Sabes vos? Lo que me calienta es que toíto se lo llevan los blancos... Los blancos desgracia'os!..
—Tenés razón
—Vos te acordás? Yo tenía mis canoas y mis hachas... Y hasta una balandra... Vivia feliz con mi mujer y mi hija Chaba...
—Claro. Te hey conocío dende tiempísimo...
—Pues bien. Los blancos me quitaron todo. Y —no conymtentos con eso— se me han tira'o a mi mujer.
—Si, de verdá. Tenés razón... Los blancos son unos desgracia'os.
Hablaban sobre un mangle gateado, que clavaba cientos de raíces en el lodo prieto de la orilla. Miraban el horizonte. Los dos eran cholos. Ambos fuertes y pequeños. Identico barro había modelado suscuerpos hermosos y fornidos...

***

Banchón trabajó. Banchón reunió dinero. Banchón puso una cantina. Banchón —envenenado a su propia gente— se hizo rico. Banchón tuvo sus islas y balandras. Mujeres y canoas...
Compañeros de antaño —peones suyos fueron. Los humilló. Les robó. Los estiró como redes de carnes, para acumular lisas de plata en el estero negro de su ambición..

***

Y un día...
—Sabe usté don Guayamabe? Don Banchón se está comiendo a la Chaba, su hija. La lleva pa' er Posudo... Creo que la muchacha no quería... Pero er le ha dicho que si no lo botaba a usté como a un perro...

***

Y otro día:
—Sabe usté don Guayamabe? Aquí le mando don Banchon estos veinte sucres. Dice que se largue. Que usté ya'stá muy viejo. Que ya no sirve pa' na'a... Y que er no tiene porqué mantener a nadie...
—Ajá. 'Ta bien...
Meditó.
No eran malos los blancos. No era malos los cholos. El lo había visto: Banchón. Su compadre Banchón, lo 'bia ayuda'o antes. Se 'bia porta'o como naide con ér...
Pero...
La plata. La marchita plata! Se le enroscó en el corazón, tal que una equis rabo 'e hueso.
Ah, la plata!

***

Y después de meditar se decidió... Para qué Banchón —su viejo amigo— no lo botara más nunca. Para que Banchón se casara con su hija. Para que Banchón no tuviera más plata. Para que Banchón fuera bueno...

Le prendió fuego a sus canoas y balandras. A sus casas y sus redes...

***

Y cuando en Guayaquil —ante un poco de gente que le hablaba de cosas que no entendía— le pidieron que se explicara, balbuceó:
—La plata 'esgracia a los hombres...

ER SI, ELLA NO — JOAQUIN GALLEGOS LARA

I

Cona la hoja del monte, empañandola con el aliento, tendido en el fondo de la canoa, decía: palabras de cólera, de odio, de pasión.

El agua del río era de oro sucio. Herida por la luz solar se partía en millares y millares de espejos de cobre pulido. La canoa brumosa con el chis-chas de las leves olas en sus costados.

De la orilla seguramente la creerían vacía.

Acostado en el fondo, Chombo se dejaba llevar aguas abajo.

Sin dirigir a la caprichosa, besando y hablando al machete:

—Erej vos er fiel. Er limpio! Como er cariño que hey tenío! Y con voj vo'a cobrámelas... Amarra'os quisiera cogerlos...

Bajaba la marea. La canoa iba a favor. Del cielo sin nubes el sol caía en plomada. Bajo el ramaje, entre las barbas de bejuco, amontonaba, la sombra azul...

—Desgracia'os...

Se levantó y envainando el machete empuño el remo. Dirigida la canoa, evantó su seno embreado de guachapelí. A poco varaba en la playita.

Una vez varada la canoa se metió entre los mangos. Sus pies desnudos parecían alados. Ni un rumor arrancaban de las hojas muertas.

Vió su casita entre lo verde, por el lado de atras. El lavadero de tablas. Debajo del piso un tronco a medio leñar, con su hacha clavada en él. Colgado de unas estacas se secaba un chayo. Sombra floreada de luz y desgarrada por el ronquido de los xhanchos que hozaban por allí.

—Nuey de vorver a ver eso! Tengo qu'irme! Tarvez hacesme vaporino. Rodar quién sabe pa'onde.

Los debía matar. Si: a él afuera, en el mango real, como hombre.

A ella como a una perra. Adentro, en cualquier parte.

Se escondió porque veía amarrado a la puerta, por el otro lado, el caballo de Juan.

Un vuelo de catarnicas pasaba rozando los pechiches. Los holleros silbaba y silbaban. Como llamando a un viajero imaginario. Tibiamente el sol pegaba horizontal sobre la muralla alta de los cañales.

II

—Juan!

—Chombo!

—Baja del caballo! Quiero peliar con vos. Jalarme ar puñete, ar machete, quiero beberste la sangre!

Entrecortado y nervioso; lenta y opaca la voz le hablaba. Lo había esperado afuera.

Y se encontraban. Lo inevitablemente tras el engaño de hacía meses.

—Aguajda?... Porque?

—Vos lo sabes. No ti'agas er candilejón... No me insultes más u te vo'a matar pior qui'a culebra.

—Pero...

—Y Chavela? Chavela? Di'onde vienes ahoritita? Onde has esta'o todoi mardecío, hijo 'e perra? Te crees que no tey visto...

Los insultos le azotaron la cara esta vez. Era como cruzar a pie brusquero de plazartes. La sangre le corrió más fuertes. Tal que al salir con frío de una tembladera, un lapo de mallorca.

—Güeno pué: de vos es la culta...

Juan en tierra

La tarde había cerrado. Las masas negras de la huerta envolvían todos los lados. La vuelta de la manga solitaria era propicia.

—Tamos sólidos, po' aqui naidien pasa.

Sin hablar más, enrrollaron los ponchos y desenvainaron.

—Guarda er jierro!

Desarrogaban las caras. Salpicaron las motas como espumas de aguaje en barrancos demasiado altos. Los grandes rabones tocaban a rebato.

—Para u t'ensajto.
—Ejta pa' vos
Un choque enorme. A tajos gigantes. Amenazado ya la frante, ya los pies. Alzandose, bajandose, engañandose; siempre agiles a pesar del peso.
Canción del acero. Del musculo de caucho. Canción de los senos de ella, broncíneos y veteados de violeta, terminados en punta palo rosa.
La chispa en la sombra. El sudor chorreando y mezclándose al vértigo como un tibio claro de jora que anublase la cabeza.
La rabo de hueso que salía con bruscos coletazos negros en los ojos traidores de la mujer.

III

Tac... tac... tac...
Resonaban rápidos los cascos sin herrar en la tierra blanda.
Chombo había vencido. Se marraba.
Una plasta de vaca traidora. Juan perdió pie, agitó los brazos desesperadamente y descubriendosz.
Chombo quiso parar. No era asi como quería matarlo. Fue tarde.
—Me jodist...
La punta que se robaba toda la luz errante de la noche pálida, se baño desnuda en el río de la noche roja de la sangre. El pescuezo quedó cortado más de la mitad.
—Le hey vola'o er pescuezo, caracho!
Entre borbotones estertoraba ronquidos.
Chombo se arrodillo a su lado. Le alzo la cabeza. Le miró los ojos en blanco y experimentó una sacudida a sus sacudidos. Ya no le tenía odio.
Lo dejó descanzar en el suelo y se palpó la camiseta empapada, pegajosa. Sentía coagulos en el vello del pecho y pringues en la cara. Guardó el machete sin limpiarlo.
Le dió horror la sangre y asco el muerto.
Cogió de la rienda el caballo del otro y montó. Su cabeza era un incendio en la montaña.
Los cascos del caballo sonaban; sonaban no sabía si en la tierra, en el aire o dentro de él...
Tac... tac... tac...

IV

Llegó a la orilla del estero. Era tarde de la noche. No hacía frío. Mas bién un vaho cálido se alzba del monte veranero tostado de sol en los días.
Las estrellas se agachaban pa' abajo.
Un gran silencio.
Y qué angustia! Qué dolor de cabeza! Que asco!
Se quito la cotona desgajada y la echó a un lado junto al poncho. Se arrancó casi la camiseta. Desnudo se tiró al agua.
Nadaba frente. Había nacido nadando o lo crzía. Y el agua fresca confortaba su fiebre.
La sangre sucia se le fue desprendiendo y sin saberlo le parecía purificarse. Se abría lejos; sin temer a los lagartos. Ni revesas ni palizadas.
Se hundía en las pozas, abajo, muy abajo. Donde el agua es lamosa como pellejo 'e camaron y aprieta como tenaza 'e cangrejo.
Y pensó en ella.
Por ella habia matado. Se había esgraciado y le daba miedo pensarlo. Más: lo valía ella?
Ah! Si: lo sentía. A pesar de todo se volvía a su recuerdo como las guantas heridas a los brusqueros donde anidan.
La evocaba. Braceando en contra para aturdirse en la furia contínua de la correntada.
Tuvo, palpable y ruda, la sensación de la mujer; de sus manos suaves que le alizaban el pelo arisco.
—Zambo...
Y la dulzura de esa boc1 le fue necesaria como el agua para la sed

Entre la tibieza líquida —era fría? Era tibia aquella agua del estero, a media noche?— su carne se levantó llamando a las caricias de siempre. Estaba cerquita de la casa. Conocía: hacia el lado ese del haz de caña brava. A una cuadra quizas.
Nadó al sitio donde dejara la ropa. Se puso el pantalón y lo demás lo amarró al pesado machete y lo arrojó al fondo.
Estuvo en la casa. Subió los cuatro guayacanes que eran los escalones.
Empujó la puerta punta... Buscaba a tientas. Teniendo cuidado de no hacer ruido al pisar las cañas del piso.
Al fin llegó a la tarima donde dormían.
Tanteó encima. Ella estaba virada de lado. Cara a la pared. Tapada hasta la cintura con una frazada. En su mano topo la tersura de la nuca. Se tendió a su lado de ella, con la boca junto a su oído.
—Chabela!
— Eres vos, Chombo? Mi'as asusta'o!
Pasó su brazo bajo el cuerpo de ella. Le cogió por dentro de la camisa los senos en las palmas de las manos...
—Aguajda —dijo ella quitando la frazada y dándole los labios al ponerse sibre la espalda.
Preguntaba:
—Como has llega'o?
—Dende que vendí la fruta.
—Me 'bia queda'o dojmida. Jué con vaciante, no?
El movimiento hacia sonar el piso. Los montes se apagaban de placer.
—Acabaste m'ijito?
Le hablo él sordamente. Estando aún enlazados sus carnes desnudos.
—Oye Chabela... Voj eres una puta. Pior qui'una perra. Pero te quiero muchísimo. Por vos mey esgracia'o... Por vos hey mata'o a Juan... Ar qie me robaba esto...
Lo sintió saltar como lisa en atarraya. Al choque se prendió el lazo de carne que los unía. El aliento caliente de ella se le veetió en la carne.
—Mardita sea... Qué 'ices?
—Que luey mata'o... A Juan, a Juan. Ar que me robaba esto —la nerviosa mano le apretaba entre las piernas— y hay que jugar... Ar Guayas... lejos... lejos... Onde sea... Hay que jugar...
Un pájaro, entre el monte, a distancia, cantaba:
—Bajío...

Tal que canción... Prieto el cuerpo, los ojos brindadores, la carne elástica. Reía sobre las balandras y las playas. Dizque le daban ataques. Unos ataques raros y sugestivos. En que pegaba a las mujeres y besaba a los hombres. Tal que canción.

***

La conoció en el Guayas. Cuando llevaba él —Nemesio Melgar— leña 'e tuco a la Eléctrica.
Al conocerla...
La misma noche la arrinconó sobre lascuadernas nudosas de la popa propicia. No sabía nadie. Por eso —claro— estaban solos.
Roncó:
—Me gustás, negra... Me gustás...
La chola lo miró:
—Me hincás, bestia... No, no quiero.
Ululaba el viento pendenciero y gritón. Mordían las olas el irónico vientre de la pobre balandra. El enroscamiento de las carnes agitadas tenía algo de sagrado e inefable. Hacía frío.

***

—Querés ser mía, negra? Mía, solo mía. Querés? Tengo una barsa y una balandra. Soi juerte pa' las mujeres y pa' los hombres. No te fartará nada. Querés?
—No...
La dominaba aún. Aún tenía su carne en carne de ella. Se pensará un mancle clavado cien raíces en la orilla. Pero...
—Se mía, negra. Si quieres vivir en la ciudad yo vendré. A trabajar como un burro pa' vos. Querés, negra, querés?
—No. Podés venir a verme cuando te dé la gana. Pero yo no me iré nunca contigo.
Nemesio sentía asco. El asco triste y cruel que dan las mujeres gozadas.

***

Y fue...
Fue a verla cien veces —quizá más. A las balandras. A las canoas. A las islas...
El pedazo de carne amada se le enroscó a la vida. Se alimentó más para ella. Se hizo más fuerte para ella. Trabajó más para ella...

***

Pero un día...
—Nemesio Melgar, sabes vos? Anoche me hey comío a la atacosa. Caray que es buena hembra. Sabes vos? Así no se cansa uno nunca. Sino fuera porque no somo'e fierro.
—Tenés razón...
Y pensó: claro. La pobre mujer no lo había visto hacía dos días. Y como lo quería tanto... Probablemente había pensado que era con él.

***

Pero otro día:
—Sabés vos? Sabés vos, Nemesio? Hemoj ejta'o 'e suejte. En Mart3s andábamo po'er Guayas como diez

echándonos unos tragos. Argien dijo que er conocía a una mujer que servía pa' todos... Y así fue... Nos llevó 'onde una que le decían la atacosa. Y caray!... Por poco nos mata...
—Ajá.
Las nubes agrupados e innumerables se dijeron millones de dientes blancos de una boca inmensa que se reía...

***

No pudo aguantarse:
—So perra... Se que te revorcarás con todo er mundo. Se que no valés pa' que te quiera naidie. Más que perra! Quédate con tus carnes que queman. Me largo pa' no vorver más...
La atacosa rió:
—Y qué? Crees vos que me haces fierro? Si así es mejor. Sí así debiéramo ser toditas las mujeres... Lárgate, pues... Nunca me ha hecho farta nadie.
Se dijera que el viento lo pateaba. Por todas partes. Con patadas tan fuertes! Y como estaba el agua tan cerca... Que saltó de la borda y se tiro al mar... Tal que canción...

Fue un desliz de su juventud.
Una aventura cualquiera. Quienquiera que sea la tiene más que sea una vez.
Y llego a olvidarse por completo de ella! Le habían dicho que tenía un hijo... Suponía que era de él... pero quién sabe!
Y don Pablo Briones repetía in mente:
—Si la vaca fuera honrada!
Con el tiempo se olvidó.

***

—Cómo te llamas?
—Manuel Briones.
Fue como un dinamitazo ese nombre en su cerebro:
—Como dices?
—Manuel Briones, patrón.
—De donde eres?
—Mismamente, no lo sé.
—Y en que quieres trabajar?
—De vaquería entiendo un poco.
—Bueno, vas a ganar dos sucres.
—'Ta bien.

***

Quedó cerrado el trato. Don Pablo con el cigarro en la boca pensaba... pensaba... Si fuera... Pero no es posible...! Que va a ser! Pero... pero... BAH! Son majaderías...
El mayordomo entró.
—Desde mañana vas a trabajar este muchacho en la vaquería.
—'Ta bien, patrón.
—Y hay que ver si es solo o con familia. Hazlo entrar.
Manuel volvió a entrar en el despacho del patrón.
—Tenés familia?
—Nada maj mejor que mi vieja, patrón.
—Ajá. Entonces usted Rafael le da la casita que está desocupada; allí donde vivía Teodomiro.
—Güeno
Salieron ambos. Don pablo, solo, comenzó a silbar lentamente, saboreando el recuerdo de su juventud. La Zoila! Aquella muchacha de catorce años con quién había tenido relaciones. Pero qué importancia podía tener? Si era algo que se hacía sin que a nadie le llamara la atención.
Y se olvidó. No pensó más en ello.

***

Manuel Briones estaba solo. Sentía un malestar inmenso. Quizá estaba enfermo. Tal vez no lo estaba. Ese tal don Pablo! Que para desgracia tenía su mismo apellido, le estaba siendo algo antipático. No sabía por qué, pero así era.
Un pensamiento acuchillaba su mente. Quiso distraerlo...
Don Pablo... Don Pablo que era un desgraciado le habían dicho... Pero él no podía creer... que don Pablo —ese desgraciado— se entendía con su mamá!
Su madre! No podía ser... Pero todo el mundo lo decía. Con razón cuando él pasaba tenían un gesto:

—Ej el entena'o der patrón.
Cuando lo oyó, sintió correr desenfrenado por sus venas un frío de rabia. Se puso livido. Y su manaza apabulló la nariz del difamador de su madre.
Sentía alrededor de sí un ambiente hostil. Algo así como la mofa o el desprecio o el respeto o la ironía. En fin, un no se qué parecía estar en todos los que le rodeaban.
Y sencillamente odió a don Pablo Briones...

***

La selva tropical silbaba su canción de verano. Los árboles danzaban al son de esa música.
Había una penumbra inmensa, más trágica aún que la osciridad completa.
Los animales eran esputos de la inmensidad negra del cielo.
Los árboles danzarinas lujuriosas.
Había una casa de paja y en la casa había silencio. La casa estaba en la selva recién desflorada.
La luz proyectó en un eclipse la sombra de una cabeza sobre la arboleda.

***

Manuel Briones se estremeció! Aquella sombra caricaturizaba las facciones de un hombre.
Volvió a sentir el desenfreno glacial dentro de sus venas.
Se sintió en el vacío. Perdió la noción de la conciencia exacta. No supo si era o no era.
Solo, como a lo lejos, como venido quizá de adonde, machacaba en su cerebro, en todo su ser la comprensión de una palabra.
—Verdás! Verdás!
Reaccionó. Todas sus células salvajes despertaron. Y se sintió bestia de repente. Quiso no supo qué! Lo mató! Lo mató!
No se dió cuenta por qué quería hacerlo. Estaba frío. Quería moversz y no podía. Y en su mente había un vértigo de ideas.
Su madre... haciendo lo que él no se hubiera imaginado nunca... su madre como don Pablo...
—Mátalo! Mátalo!
Atribuyó la orden a su padre.
—Matarlo! Matarlo! Matarlo!
Y no supo más...
Después se dió cuenta
—Hey mata'o... sangre... sangre... Soi asesino... Yo...

***

El juez sentenció:
—Dieciseis años a la penitenciaría de Quito.
Pero el juez no había visto lo que él vio. Vió a su madre y a don Pablo. Ella tendida sobre la cama... Y él... Él.
Cuando su madre lo visitó en la cárcel, le dijo:
—Manuer, porqué lo hiciste?
—Porque mi taita lo hubiera hecho
Y Zoila se desencajó
—Habías matado a tu taita... Pablo era tu taita!
Manuel sintió algo peor que lo había sentido cuando presenció el hecho que él craía culpable a su madre. Había odiado a su padre... había matado a su padre... Pero él no tenía la culpa... No... Él era culpable... Se mataría... Pero, para qué? Qué había hecho? Él merecía la pena de muerte.
Su madre? No. Nada. Ella nada. No tenía la culpa. Era solo él. Y lloró:

—Mamá, por qué no me dijeron?
—Para que naidien sepa! Pa' guardás er secreto! Porque er quería casarse!

EL CHOLO DEL CUERITO 'E VENA'O — DEMETRIO AGUILERA MALTA

La primera vez fue en el mar. Claro. Como que él era pescado.
La había ensartado. De canoa en canoa. Rápido la había apretado con su cuerpo, y la había besado. Por más que ella protestara:
—No desgraciado, no.
Y el estrechandose más. Haciendola sentir la fiebre de su cuerpo. Dominándola.
—Si. Sabes vos? Si. Porque me has frega'o. Porque me he enamora'o 'e ti. Porque tienes que ser mía.
El mar parecía ayudarles. Daba vaivén de hamaca a las canoas. Temblaba con un temblor polícromo de olas.
—No desgracia'o, no.
La canoa tuvo agitación de correntada. Los vestidos saltaron, tan que lisas cabezonas. Y los cuerpos florecíeron. Arriba el sol —como una raya de oro— clavó sus dientes rubios en las carnes brincadoras.
Y fue...
Sobre ella y sobre el mar. En el tálamo verde de las aguas. Ante los mangles enormes —bufeos encadenados a las islas. Arropados con brisa y con horizonte.
Y fue...
Después —final de marea— él, Nemesio Melgar, Chachito, como la llamaban, habló.
—La primera y la última...
Los mangles se hundían en empuje de aguaje. Los roncadores callaban. Los ostiones pudorosos, se vestían en las ñangas, con encajes de espuma. Hacía frío.
—La primera y la última...
Y explicó.
Claro. Él quería que todo fuera así.
Tal que un sueño. La cosa rápida. Violenta: el relámpago... Odiaba la maldita vida, siempre igual. No le gustaba la casa, ni la comida, ni la mujer de todos los días. Quería cambiar. Cambiar siempre...
Sugirió:
—Tu debes hacer lo mismo. Todo el mundo aquí te quiere. Puedes cambiar de hombre como 'e calzón.
La chola —la negra dura y vibrabte como una canoa de pechiche— lo miró:
—No. Sabes? Me has frega'o. Pues bien, o contigo o con nadie. Que la primera y la última? Está bien... Si quieres, largate... Yo siempre te esperaré. Yo siempre te seré fiel como el cuerito 'e vena'o... Como el cuerito de vena'o que te espera bajo el toldo para que tu lo cubras... para que tú lo calientes...
Con la Nica —hembra recia de espaldas musculosas y de muslos de cepo. Una mujer que lo hizo gritar...
Era en una balandra, cerca del mar, y al fin... Tirados sobre los cuadernos nudosas. Más potente que siempre y que nunca.
—Caray, que tienes fuerza.
—Claro. El verde y la lisa no me falta nunca.
—Ajá
Nemesio Melgar —Chachito como lo llamaban— no podía ya.
—Bueno pues.
—Qué?
—Me largo...
—No. Todavía no.
—Qué?
Ah! Como le brincaba la frase azul de Nerea...
"Como un cuerito 'e vena'o". Con Gertrudis —vejancona sabiz en amor—. Se decía que en Guayaquil se vendía a bajos precios en su juventud.
Era en un galpón de San Ignacio —la isla que tenía agua dulce— bajo un toldo. Tranquilos y serenos. Gozando como nunca.
—Sabes? Eres los mejor que he conocido!
—Ya me lo han dicho.

—Parece que me batieras como a un molinillo.
—Ajá.
—Me haces gozar como nadie.
—Esta bien
Pero allá, maldita sea, allá no sabia dondo. Pero muy adentro de si mismo. Le gritaba una voz. La pobre voz de Nerea.
"Como un cuerito 'e vena'o".
Cuantas fueron?... La Merela, la Margarita, la Nicasia, la Mamerta, la Cusumba... No las recordaba todas... Se metieron en la vida. Tal que un relámpago. Lo chuparon. Lo aniquilaron.
Se sentía debil y pequeño. Tal que un sonámbulo. Arrastrando la tortuga volteada de una canoa de chirigua, sobre la uniformidad de los estereos...
Pero un día...
Sin saber como ni porque llegó donde ella. Su Nerea. Su cuerito 'e vena'o.
Y esa noche, la historia vulgar. Los eslabones iniciales de la vieja cadena de la nueva vida. Ah, cómo calentó el cuerito 'e vena'o! Cómo la cubrió! Cómo lo tomó incendio de carne!... Vibración de marejada...

Porque iba a venir la blanca! La blanquita... Y cómo vendria ahora...?
—Ti acordás de cómo era?
—Blanquita... Esa sí que era blanca. Er pelito amarillito, así como las naranjas maduras... Y los ojos der color de las noches de luna... Y así como las noches de luna, medio que alumbraban, medio que no alumbraban.
Y Rodolfo pensaba:
"La blanquita se acordaría de él?" Cuando iban a coger nidos allá en las arboledas y a veces con el papá de ella, hasta los bosques de maderas. Y siempre era él quién subía —porque era agil como un mono— hasta la copa de los árboles... Soló porque la niñita lo quería!
—Como vendría ahora la blanquita?
Debía tener veinte años... Y con lo linda que era...
Y llegó. Ojos que la vieron de niña y que la vieron crecer, cuantas lágrimas de gozo derramaron!
Como se habia hecho bonita, más bonita en Guayaquil!
Las viejas que la habian criado y tenían el ascendiente de poder llamarla Lolita solamente, se frotaban las manos. Hubiera querido abrazarlo... Estrecharlo como cuando la arrullaban... Peeo ellas estaban tan sucias...
La rodearon tidos.
Mientras ella besaba a sus padres, esperaban como quién espera el advenimiento de algo sublime, una mirada sonreía de los ojos color de luna.
Y abrazó a todas:
—Chepa! Ven! Ay! Que vieja estás! Y tus hijos?
—Bien, niñita. Solamente que'l Roberto se me murió...
—No digas? Ah! Qué pena!
—Asi es, blanquita.
—Ya moriremos todos.
En los ojos color de luna, la profecía de la vieja fue como una nube.
—Ya moriremos todos!
Rodolfo atrás del grupo la miraba. Y sus ojos negras y vidriosos que vieron troncharse el empuje de su mano los plazartes y gemir bajo su golpe los gelíes, se tornaron contelleantes y en su centello había, una sombra.
—Eso será pa' un blanco de 'sos.
El día se estrangulaba en ka maraña verdinegra de los manglares.
El violeta invadía con su tono dulce el ambiente. La brisa era la queja del día que agonizaba.
Algún alacrán paseó su asquerosa figura sobre las tablas de caña. Las ranas entonaron su monoritmica y cansada canción.
—Petra, prende las linternas.
—Güeno, niña.
—Mama Chepa, cuéntenos como murió el Roberto.
—Ay Lolita, si hubieras visto.
Y mientras la Chepa narraba, todos escuchaban con atención.
El Roberto. Ese pobre hijo era maldecido porque un día siendo muy pequeño había insultado a su abuela.
—No diga eso, Mama Chepa.
—No, blanquita. Así es! Vea: cuando insultó a su abuela pa' la media noche, vino a gritarle un bujío.
—Y usted cree en eso?
La buena vieja se santiguaba.
—Güeno.
Y narraba.
Er pobre...
Roberto tenía su mal carácter. Por la nada se calentaba. Y hasta mala alma tenía. Por eso era que la

Chepa no la quería. Andaba siempre sin corvas cuando iba a la montaña y las culebras no le picaban. Como él era malo y las culebras son er diablo!
—Esas son las der peca'o.
—Ya vé! Güeno: como lej iba diciendo...
Y continuaba:
El roberto tenia mala alma. Un día vio dos palomitas Santa Cruz y las mató de un horquetazo. Y cuando las fué a coger una equis rabo 'e güeso, le picó en la mano. En er dedo, er corazón mismamente. Como la palomita era Santa Cruz y venía der cielo, hasta er diablo se había puesto bravo! Por esó lo mató!
Roberto que nunca estaba lejos de donde estaba, Lolita arguyó:
—Y por la manga onde trabajaba, pena. Yo lo hey visto cuando a la oracioncita paso por ahí. Me llama siempre...
—Entonces tu tambien tienes mala alma. Abema...
Las mamparas de querosene se apagaron. La voz chillona de Mama Chepa dijo:
—Roberto maldecido, el Roberto viene onde vos.
Desde aquella noche, Rodolfo fue puesto al margen. Sólo Lolita la miraba plácidamente.
Pero la Blanca Lolita llevaba en sus dedos un aro y Rodolfo ya no lo miraba como siempre.
Ella que no creía en penaciones lo miraba con pena. Trató de disuadir a la gente.
Pero no! El Rodolfo gablaba con el Rodolfo. Vaya! Que no? Pero si el Rodolfo hablaba solo, sin nadie —ello lo habían visto— afilaba su machete.
Se iba solito, solito, a la manga donde le picó la culebra el Rodolfo y hablaba.
Pero había quienes comentaban:
—Sabes pa' que va allá?
—No. Pa' que?
—Pa' ver la ventana 'e la blanca.
—Mentira.
—Si supiera er niño que izque es er novio 'e la blanca.
—Ciuando los ve juntos es que habla.
—Ah! Entonces no es por eso, sino con él ánima 'e Roberto que se trata. Ti acordás que ahí jué que mataron a Roberto?
—Lo mató er diablo hecho culebra.
—Sí.
—Entonces, Roberto tiene pacto con er diablo!
—No. El ánima que se la vendió.

***

Dos años más tarde.
Ya Lolita era señora y madre.
—Don Raúl, no deje que er Rodolfo coja al niño.
—Y por qué?
—Porque Rodolfo está maldecido por mama Chepa y le vendió el alma al diablo.
Raúl reía bonachonamente de la sencillez de la gente.
Rodolfo gustaba de coger siempre que podía al bebecito. Y con sus manos toscas lo acariciaba, procurando ser lo que nunca fue: delicado. Cuando nadie lo veía lo besaba mezclando a su beso un poco de pasión y de ternura.
Otras veces lo miraba. Como hubiera podido cogerlo y estrangularlo. Mirarlo así como majan melcocha. Acabar con él y destruirlo para siempre. Pero los ojos —de luna— lo miraban —como los de la madre— así como alumbrando, así como no alumbrando.
Pero nunca sufrió más que un día.
No, no quería recordarlo. Don Raúl indignado sobre ella y ella dejándose y sonreída...
Ese beso... Y él lo había visto.

Y lo peor... Tener que hacerse el que no veía.
Entonces si relampaguearon sus ojos. E instantáneamente se sintío malo. Ahora sí que le había vendido el zlma al diablo.

***

Ya no fue más a la casa de hacienda. No trabajó. Sólo moraba en las cantinas. Y su aliento aguardientoso lo respiró la noche, lo absurdo el día.
Siempre huraño. Siempre hosco.
Afilaba y afilaba su machete.
Madrugaba.
Un bulto junto a la casa de hacienda. Arrastrando casi contra el suelo. Se detiene, contiene la respiración.
Escuchó. Avanza.
Un brillo. Un machete en la mano.
—Raúl... Papá...
Ya el bulto no se arrastra. El ladrido de los perros la vio el silencio de la madrugada. El machete se alza dos veces y los perros callan. Ya no ladran. Ahora aúllan.
Sube la escalera.
—Raúl... Papá... Siento pasos...
Y la sombra está en el corredor. Quiere caminar. Se bambolea. Está borracho. Se abren lzs puertas.
Raúl y el patrón salen:
—Alto, quién anda ahí?
—Yo, soy yo.
La voz era aguardientosa:
—Quién es usted?
—Y a usted, que le impirta, carajo?
—Si no dice quién es este, te disparo.
—A ningún blanco me dispara. Porque er diablo ejta conmigo. Viva er diablo, abajo Dios! Viva er cholo, abajo er blanco!
—Silencio
—A hacer silencio a su casa.
Raúl y el diablo se miran.
—Ejta borracho.
Ya los peones han llegado. En sus manos hay machetes.
—Cojanlo.
—A mi naidien me coge porque lo jodo.
—Calla, borracho.
—Borracha ej ejtara tu mamá.
La voz de Lolira sonó:
—Raúl, que pasa?
—Onde ejtá Raúl y donde ejtá Lolita? Porque yo los mato!
La linterna eléctrica de Raúl alumbró el rostro de Rodolfo congestionado y desfigurado por el alcohol.
El brillo del machete en alto hirio la nerviosidad. La voz de Lolita:
—Rodolfo.
—Onde ejtarás vos perra pa' matarte a vos y a tu marío.
Raúl alzó las manos y se oyeron dos tiros.
—A mi no me matas vos, desgraciado.
Quiso moverse pero ya estaba cogido. Sus manos se agitaron. Querían cojer y cogieron con cuchillo.
Cuando todos se acercaron para verlo. Y cuándo él vió de cerca, muy de cerca el rostro de Lolita, alzó el cuchillo.
Todos cerraron los ojos porque nunca habían visto los que vieron.

Al abrirlos, estaba tendido en el suelo...
Sobre la cara una baba. Una baba sanguinolenta que le salía de los ojis. Un líquido viscoso brotando a torrentes. De donde habían estado los ojos. Y la sangre saliendo y desbordándose como una catarata. De la boca le manaba una baba aguardientosa y hedionda. Estaba cubierto de sudor.
Se movió y con una carcajada estúpida, dijo:
—Ya vió don Raúl, me saqué los ojos pa' no verla más.
—Y vos viste?
—Yo estaba allí.
—Cará! Pero que malo es pegársela. Lo que's yo, ni otra! Más que la paguen...!
—Pero que bruto! Enamorarse de la blanca!
—Así ej, er cistiano es loco!

ERA LA MAMA — JOAQUIN GALLEGOS LARA

I

No supo cuantas cuadras había corrido. A pie. Metiéndose en los brusqueros. Dejando tiras de carne en los grises y mortales zapanes de los alumbrados.
—Para, negro maldecido.
—Dale vos la vuelta por ahí.
—Ha sido ni vena'o er moreno.
Jadeaba y sudaba frío. Oía tras él los pasos. Y el casco bronco del caballo del capitán, retumbaba en el muelle piso del potrero.
—Aquí si que...
El viento se llevaba las palabras. Al final del potrero había una mancha de arbolillos. Podría esconderse. Aunque eran tan ralas las chilcas y tan sin hojas los guarumos.
—Risss... Risss...
En las orejas se le reían los balazos. Y el golpe de la detonación de los manlicher le llegaba al pecho: porque eran rurales.
Más allá de los árboles sonaba el río. Gritaban unos patillos.
—Er que juye vive...
Se estaban mofando de él?
—En los alambres me cogen...
El puyón del viento le zumbaba en las orejas.
—Manque dejé medio pellejo yo paso...
Metió la cabeza entre los hilos de púas. Una le rasgo la oreja. Le separó cortándose. Le chorreaba tibia la sangre por las patillas, por las sienes. Se le escapó el hilo de arriba cerrando la cerca sobre él. De un tirón paso el torso dibujándose una atarraya de arañazos en las espaldas negras.
—Dejé er caballo pa' pasar —advertían atras almontado.
Una parada en las nalgas lo acabo de hacer pasar la cerca. Se fue de cara en la hierba.
—Ah! Hijo de una perra...
Esta vez la bota del rural le sonó como un campanillazo al patearlo en la oreja. En la ya rasgada.
Se irguió de rodillas. La culata del rifle le dio de lleno en el pecho. Las atadas lo tundían.
—Ajá, ya'stás arregla'o.
Pero era un mogote el negro. Rugía como toro empialado. Y se agarró a las piernas del otro, fracasándolo de espaldas. Quizo alzarse y patear también. Veía turbio.
Se culebreó sobre el caído. Forcejeaban sordamente.
—Ajá.
Lo tenía. Le había metido los dedos en la boca. El otros quería morder. El negro le hundía las manos abriéndose la boca sin sentir el dolor de los dientes. Y súbito tiró. Las mejillas del rural le dieron un escalofrío al rasgarse. Chillaron como el ruán que rasgan las mujeres cociendo. Al retirar las manos sangrientas, oyó que la voz se le iba. No tenía boca. Renglones negruzcas de muelas y de dientes reían. Se llevaba las manos a la cara recogien las piltrafas desgajadas.
—Ah! Hijo de una perra...
De todos lados, las culatas y las botas le llovían golpes. Giró el negro los ojos blanqueantes. Agitó la bemba. Quería hablar. Los miró a todos en torno allí de rodillas. Recordó que todo habían sido por el capitán borracho y belicoso. Se cubrió la cara con el brazo y cayó otra vez.
—Ah! Maldecido!
—Lo ha frega'o a Rangel...
—Démosle duro...
—Negro maldito!
Bailaban sobre el cadáver.

II

—Hey señora...
Del interior de la casa respondían. Se oían pasos.
—A ver... Qué jué?
—Una posadita
—Son rurales?
—Si. Y qué?
—Bueno, dentren nomás.
Brilló un candil sobre la cabeza de la vieja negra. El grupo kaki claro al pie de la casucha semejaba una hoja de maiz entreabierta. Hablaban entre ellos:
—Déjenlo, ahí guarda'o adebajo der piso.
—Era de habeslo enterra'o allá mesmo todoy... Onde cayó.
—Mañana lo enterramo. Anden. Cuida'o se asusta la vieja.
Subieron ruidosamente. El cuerpo del negro muerto a patadas hizo una pirueta y cayó montado en el filo de los guayacanes horizontales del chiquero. Bajo el piso.
Apoyaban los rifles cañón arriba en las paredes. El capitán se sentó en la hamaca. Ya se le había pasado la borrachera que lo hizo disputar con el negro. Los otros se acomodaban en bateas boca abajo. En el baúl. Donde pudieron.
—Han comido?
—Ya, señora.
—Pero argo caliente, un matecito 'e cafe puro con verde asa'o?
—Si usté es tan güena...
—Petita... 'Ta apaga'o er fogón?
Del cuarto interior salió la muchacha.
—No todabía, mamá.
—Entonce, vamo'asar unos verdes y un poquito 'e cafe puro pa' los señores...
La muchacha había hecho encenderse los pais-pais de los ojos del capitán.
—Oye, pata 'e vena'o, trai la damajuana 'e mallorca. Pa' ponerle un poquito en el cafe puro 'e la señora y de usté también niña... niña Petita. No pensaba habersme encontra'o po' aqui con la flor de güenas tardes como ella.
Petita reía elevando el traje rosado con la loma de su pecho duro, al respirar. E iba y venía con un ritmo en las caderas que enloquecían al rural.
Después del café puro, hubieran conversando un rato con gusto. La vieja negra, cortó:
—La conversa 'sta muy güena... pero ustedes dispensarán que nos vayamos pa' dentro a acostarno yo y mi hija... Tenemos que madrugá... porque tarvez amanezca aqui m'hijo que llega 'e Manabí mañana. Ahí les dejo er candil.
La puerta de ocre oscuro, de viejas guaduas latilladas, se cerró. Sus bisagras de veta de novillo chirriaron. Los rurales la miraban con ojos malos. El capitán los detuvo con el planazo de su mirada:
—Naidien se meta... La fruta es pa' mi. Y pa' mi solo 'ta que se cai de la mata...
Ella le había guiñado el ojo. Apagó el candil. Por la caña rala de las paredes salían ovillos de amarillanta claridad. Pegó la frente a las rendijas frías.
—Se está desvistiendo...
Miraba, tendida atrás la mano deteniendo a los tros. Cruzó en camisón la vieja hasta la ventana con un mate en la mano. A verterlo afuera. Y agil metió por la puerta entomada la cabeza el hombre. Una seña violenta y breve: vendré. Espérame. La Petita apretó púdica el camison medio descubierto, contra el seno. Sonrió: si.
La vieja sin darse cuenta de nada me metió bajo el toldo colorado de la talanquera del frente. Apagando su candil.
Una hora más tarde crujía la puerta.
Y crujía la talanquera de Petita.
La vieja roncaba. Los rurales soñaban enla cuadrita con la suerte de su jefe.

—Señora, muchísimas gracias. Y nos vamo que hay que hacer en er día!
Petita se sonreía con el capitán a espaldas de la vieja. Uno dijo:
—La joven es casada o soltera?
—'Ta separada el esposo —aclaró la madre.
—Y, una casa señora pa' saber a quién agradecerle, como es su gracia?
—Panchita 'e Llorel!
Petita ve al herido —al de la cara desgarrada en la lucha de ayer— y pregunta:
—Qué fue eso, capitán? Como anoche no le hey visto...
—Fue antiel una pelea.
—Pero qué bruto el que lo hizo! Sería con la navaja...
—No, con los dedos.
—Jesús! Lo han deja'o guaco pa' toda su vida...
Bajaron. Ya era claro. La manga húmeda brilla como si hubiera llovido del sereno. Cantaban caciques en los ciruelos de las cercas.
Las dos mujeres empezaban sus quehaceres. A Petita le dolían las caderas: es que tres veces.
—Oite, Petita... Baja a ver ar chancho que ha esta'o moviéndose y como hozando toda la noche...
Bajó Petita y la oyó gritar la madre:
—Mamá, mamá, estos malva'os le han echa'o un muerto ar chancho... Venga... Eso es lo que ha esta'o comiendo toda la santa noche... Jesús! San Jacinto lindo! Venga...
—Al fin rurales! Son la plaga: con razón nu'ey dormi'o naditita: antes que no han querdo argo pior con vos.
Acudió. Como cluecas rodearon el chiquero. No sabían de donde empuñar el cuerpo mancornado con la cara sumergida en el lodo. Comido por el cuello. Por el pecho. Descubiertas las costillas.
—Pero que, mardecidos!... De adeveras: ar fin rurales... Y quién será er pobre hombre este?
Por un brazo lo pudieron alzar. La camiseta tenía mucha sangre. Pero el pantalón, lo conocían? Con un canto de la falda limpió Petita el prieto embarrado hediondo de la cara. El cuerpo descansaba a medias en la vieja, a medias en el filo del chiquero.
Fue un grito corto el de Petita:
—Ay mamá! Si es Ranurfo, mi ñato...
La vieja no dijo nada. Su cara negra —arrugada como el tronco leñoso de un níspero— se hizo ceniza, ceniza.
A Petita le dolían los besos del rural —los besos de la noche oscura— como si hubieran sido bofetadas.

Melquiades: —Tengo frío.
Nerea: —La noche 'ta oscura como boca 'e lobo.
Melquiades: —Los muchachos no vienen...
Nerea: —Er trabajo no tiene hora fija.
Melquiades: —Tenés razón.
Nerea: —Siempre la hzy tenío.
El viento mueve el candil como una castañuela. De vez en vez se empinan las camellas oscuros de las islas y se arropan con vaporosas tunicas de nubes...
Melquiades: —Te acordás?
Nerea: —De qué?
Melquiades: —Hambre de amor me encendía la sangre. Traía enredaderas ñangas en la lengua. Quería matar pa' gozarte!
Nerea: —Cállate!
Melquiades: —Y no de po' arriba. Con andar de relámpago. Sientiendo llamaradas en el cuerpo. Demasiado morir o hacerte mía.
Nerea: —Cállate!
Melquiades: —Y te ví venir con el. A bañarte en la sombra 'e la noche negra. Temblando... Te ví acercar a la orilla. Te vi hundir en el agua tu prieto cuerpo 'e pechiche. Te vi coger bejucadas de espuma en la mano... Er... también bajó. Y er tambien tembló. Yo incendiaba la noche con la llamarada 'e mi odio.
Nerea: —Cállate!
Melquiades: —Salté de mi canoa. Sembré de espumas el arpón de mi rabia. Hice ruido. Un ruido extraño que me asustó a mi mismo. Ustedes gritaron: Er tibrón! Er tibrón!
Nerea: —Por Dios, cállate!
Melquiades: —Er quiso huir pero er mar con sus dedos de olas le apretó todo er cuerpo. Y fue mío. Y ar no vorver él más nunca a la vida, fuiste mía vos también.
Nerea: —Ah! Desgracia'o! No me lo habias dicho nunca, desgracia'o!
Se oye un rumor de remos que se acerca. Un canto. Se empinan más los mangles. Los viejos se miran.
Melquiades: —Ya vienen...
Nerea: —Si, desgracia'o... Ya vienen tus hijos... Y ellos no saben...
Melquiades: —No deben saber...

***

Casio: —Viejo. Pa' que nos habés tira'o el agua? Pa' que nos hacés bañar a esta hora y con esta noche tan negra?
Melquiades: —Pa' qué? Yo mesmo no lo hey sabío... Argo me jala esta noche.
José Isabel: —Yo tengo sueño, viejo. Me vo po' arriba. Además hace mucho frío. Yo me vo!
Melquiades: —No, sabes vos?... Ya farta poco... Siento que ya farta poco...
Nerea: —Yo si que me largo. No sé como hey baja'o... Te habís vuelto loco?
Melquiades: —Yo? Yo? Vuelto loco?... No... Mira... Mira... Aquí cerca... No ves? Ahí viene er tibrón...
Nerea: —No lo ves? Yo si.. Tiene los ojos llameantes. Me contempla. Me llama... Si, ya vo...
Casio: —Er viejo se ha vuelto loco. Llevémoslo po' arriba.
Melquiades: —Sí, ya vo... ya vo...
Nerea: —Dios mío! Se hunde... Se va... Cógelo Casio.
Casio: —Se ha larga'o. Y quién lo haya en esta noche maldita.
Nerea: —Er tibrón... Er tibrón...
Hace más frío. Y el candil escupe una alegría injusta sobre las cañas tristes de la casa choluna.

—Ña Gume!
—Qué?
—Ña Gume, er niño 'ta heri'o!
Como si nada le hubieran dicho. Se quedo pensativa con kas manos sobre el abultado vientre. Le acababan de decir. Ah! Primero pondría a secar la ropa... No, mejor era ir...
El Manuel con el sombrero en las manos la miraba estúpidamente.
—Qué! Si él le había dicho creyendo que se iba a vorver loca... Y nada!
—Ni se había da'o por entendi'a. Pero si no parecía la misma, niña Gume!...
Ella, que cuando se hería uno de ellos, o un animal que fuera, de desvivía por atenderlo, como si nada le hubieran dicho!
Se miraba ambos sorprendidos. Ambos anonadados por el algo imprevisto.
—Y a donde está?
Caracoles! Era lo fuerte!
—Allá.
—Vamos...
Salieron. En el pueblo se había extendido ya la noticia. Todos lo sabian. Y lo que era peor... Habían llevado a Fatillo. Bueno... Ellos no querían decir. Que lo dijera otro. Allá solamente aumentarían la historia con un poquito más de embrollo.
Y cuando pasaba la voluminosa Gume con acelerado paso, tropezando las piedras, se codeaban y en voz baja decían:
—Güena, la que se va a armar!
—Y quién lo llevó allá?
—Yo que sé!
—Pero eso no debían haber hecho, verdad?
—Eso mismo digo yo.
—Verdás Petita?
—Si, comadre.
Era como cuando se presentaban las nubes. Se presagiaba un algo terrorifico.
—Y como jué la 'esgracia?
—Cabalmente no lo sé.
Y contaba algo de lo que sabían. Lzque había estado con la mujer del Chino Eustaquio. Dizque hacían tiempos andaban en enredos. Y ahora le habían dicho al chino.
Lo ciertamente seguro era que el chino le había dicho un botelkazo en todita la cruz de la oreja mismamente. En seguida lo había atacado a patadas.
—Y don Lucho que ha dicho?
—Como con canda'o se ha queda'o.
—Bea usté.
Cuando la Gume pasaba, hubiera querido seguirla... Para ver la que se armaba. Pero como hoy pocas veces estaba el sol: había que aprovecharlo.
Sudaban mientras lavaba para tender. Solamente descansaban cuando pasaba la Gume, para mirarla y comentar.
Y al darse cuenta de que las miraba, le ponían la cara mas compungida que podía.
La Gume pasó calles. En las calles subió y bajó tropezando con las paredes, resbalando sobre las cáscaras, ensuciándole con el lodo de la tierra y el agua de los aseos. Paso sin mirar dónde tenía puestos los ojos.
Torció cuatro esquinas. Cruzó la plaza, siempre siguiendo a Manuel.
Cuando Manuel se mostró nervioso y miraba y más, miraba hacía la mitad de la calle en el costado de una casa, Gume sospechó:
—Esa casa!... Esa casa...

Y ardió su sangre, por sus venas corrió rabia...
—Esa casa... Esa casa...
No caminó más. Con las manos puestas en jarras miró a Manuel. A manera de interrogación insultante:
—Bah! Bonita cosa! Como si er tuviera la culpa!
Pero no se atrevía a mirar de frente a Gume.
"Viéndolo bien, él no tenía la culpa. Pero como er había ido a avisar..."
Entonces la Gume indiferente, la Gume fuerte, la Gume que se afanó por todos, sintió no supo qué.
Cuando miraba la casa, como se miraba la madriguera de un tigre, vio entrar al politico y al curandero.
Los muchachos curiosos, mientras se rascaban la barriga, la cabeza o las nalgas y sorbían la mocosidad, miraban a la que ya venía.
—Oíte Caslo, esa no es ña Gume?
—Déjame ver.
Se escondían el uno tras del otro hechos grupo.
—La mismita
Corrían unos a avisar a sus casas y los otros a mirar a Gume.
Gume caminaba muy despacio. Como queriendo llegar y como queriendo no llegar.
Allí en esa casa estaba su hijo. Su Fatillo. Al que había herido el bandido de Eustaquio. Pero esa cosa era de la otra...
Se escondían sus ojos. Se contraían sus labios. Se estremecía.
Pero —sería posible?— su hijo estaría allí de verdad? No. Ella no debía subir. Por nada. Pasará lo que pasará.
Intentaba regresarse.
Pero...
Su hijo... Su Fatillo. Como lo habrían herido? Donde serían las heridas? Con lo enconosas que son las heridas de vidrio... Y también lo había pateado. Y dizque cuando patean en la boca del estómago o adonde no se debe, se muere la gentz...
Fue como un impulto.
Y subió.
En el margen de una puerta se paró. Vio: sobre la cama, su hijo. Pobrecito! Parecía muerto. Pero, cuánta gente. Acaso su hijo era pájaro raro, para que vinieran a mirarlo?... Fato, Fatillo, pobrecito, como estaba! Maldecido chino Eustaquio! Maldecidos todos los de su casta hasta la cuarta parición de la mujeres.
Quiso acercarse.
El politico se informaba. El curandero hacía preparaciones con pucho y sebo de borrego. Con esto se había curado el marido de la Zoila Rosa.
Unos curiosos se codeaban por lo que iban a pasar. Afuera, las mujeres llamadas por sus hijos habían salido a las ventanas
—Y tua'via no se oye nada?
—Tua'via no.
Esperaban algo. La Gume veía. En la cama su hijo y sobre el hijo, cuidándolo, acariciándolo, ella, la otra, la querida de su marido...
No. No era posible. Su hijo no. Aunque su marido —el Lucho— no importaba. Pero Fato. Fato no... No. Y no. Y no.
La otra se irguió. Bajó la cabeza como resignada. Se alejaba de la cama. Tanto que quería al Fatillo! Como al Lucho lo quería.
Lucho sentado en una mesa, con la boca abierta, se agolpeaba nerviosamente con los nudillos de la mano semicerrada, los dientes.
La otra salió del cuarto. Llorosa, apenada. Pero tenía que ser. La Gume era la madre. Mas que ella, lo quisiera.
Avanza Gume. Se arrodilló junto a la cama, ah! Ah! Ah, Fato!
—Fatillo de mi alma, hijito!
Fato quiso abrir los ojos. Quiso sonreírse y una mueca horrible contrajo su rostro.

Se diría que un frío, intenso, penetrante, cruzó por la estancia.
—Padre nuestro, que'stas en los cielos...
Por la boca derruida y torcida de las viejas silbaba la oración. Gume lloró sobre el hijo.
La otra. La que lo amaba como a hijo, no pudo abrazarlo y lloró desde el marco de la puerta.
Abajo, cuando bajó la Mariana, los muchachos y las mujeres la rodearon. Y estiraban como garzas sus pescuezos. Y se estrujaban para estar más cerca y oír mejor.
—Pa' que vean. En lo que han veni'o a parar.
—Así ej, quién hubiera crei'o.
La Mariana todavía asustada no cesaba de repetir lo que dijo el Politico.
—Lo que son las cosas!... Cuando uno menos piensa...
—Si hija, asi ej.
Un muchacho bullanguero invitó a jugar al trompo. Y, sonreído, cuando perdió el primer quiño, también dijo:
—A mi que no me falta... Lo que son las cosas...

CUANDO PARIÓ LA ZAMBA — JOAQUÍN GALLEGOS LARA

Era un hecho. Estaba preñada. Andrés no había vuento por la casa de ella desde que se lo dijo. Le daba tanto asco las mujeres así.
—Ej abusión que tengo pa' mi: la mujer embarazada ej pior que'l muerto di amaliadora: lo pone pujón a uno.
Era todo eso! Y era también la imágen gentil de su negra que se le deformaba. Como se perderían esas cadenas y ese talle en el montón de carne templada!
—Pa' que verla hecha una botija?
Había también... El pensar si fuera suyo el hijo que estaba en la barriga de Lucha.
El negro Manuel —el marido— por su parte lo creía él. Andrés dudaba:
—Yo monto al anca... Pero cual la empreñó?
Porque sabía que no era posible que fuese de los dos, como mofanamente decían. Del uno o del otro.
—Si es mío sale amestiza'o... Si es del carbón entero... Vamo'a ver...
La zamba Lucha se vio con Jacinto, el amigo más próximo de Andrés.
Era Jacinto un blanco venido a menos. Antes, en la lucha, fue alguien. Ahora era vaquero en una hacienda cercana al pueblo. Ahora era El Colorado; sobrenombre traído por el pelo, de un rubio llameante.
Se vieron en la pulpería.
Er Colora'o 'bia deja'o er macho romo que montaba amarra'o a una argolla der portal.
Al ir entrando se enredó la uña del dedo grande del pie en la herradura clavada en el umbral pa' que entre la suerte.
—Mardecida sea! —dijo y entró.
Entonces, entre el olor penetrante de los viveres metidos en las parchas o pilados en sacos entreabiertos —olor de sebo, de panamitos y mayorca— la vió.
Estaba al pie del mostrador. Sin zapatos, volvosos pies apoyados inquietamente en las tablas del piso. Con una bata colorada, sucia de mugre en las prominencias breves de los pechos y en la gran loma de la barriga.
Jacinto se susurró:
—Que preñadota que'stá!
La pereza de las largas siestas y las ojeras del mucho vomitar se veían en la cara de la zamba. Y en su pecho casi sin peinar, que parecía escarbado de gallinas.
"Er Colora'o" venia a yebar arroz a la hacienda onde trabajaba. Ella hacía su compra'o. Se saludaron:
—Güenas tardes Lucha, como 'stá? Y mi compadre Manuer?
—Er ta güeno. Y usté?
—Así, así; de usté nada le pregunto porque la veo medio embuchadita... De que jué el empacho?
Luego se rió y callaron. La miraba. Si el pasado estuviera escrito en la cara de las gentes, como se correrían los dos. No decían nada. La pulpera gritó:
—A ver, qué jué?
—Una cuartilla de arroz.
Lucha bajaba lz voz le dijo de pronto:
—Que's de su amigo Andrés?
—Ahi 'sta.
Volvió a quedar silenciosa un instante.
—Digamele que qué le ha pasa'o... Que por qué no va. Que vaya...
—Bueno...
Y fue todo. Ella recogió la hoja de maiz en que le habían despachado su manteca. La unió en la vieja canasta serrana al resto de la compra. Pesada, pipona, salió de la pulpería.
El negro Manuel estaba encantado en ka preñez de su mujer. Le blanqueaban los ojos de gusto. Y pelaba el coco de los dientes en carcajadas de muchacho.
—Ja, ja, ja! Va a ser como er padre un negrazo güen mozo.
Y se miraba el torso áspero de guayacán quemada. Los hombros y los brazos como raíces nudosas.

De noche en la talaquera se revolvía sobre el cuero 'e vena'o y ponía su mano calluda, que quería ser ligera, encima de la barriga levantado, y le decía:
—Negra, quiero que te acuides pa' que no me arborotes a m'hijo.
Desde que tuvo los tres meses Manuel, que antes no dejara pasar una noche sin caer sobre ella, con ardientes ansias, cesó de molestarla.
Cuando el calo de cuerpo próximo o el roce de sus pechos o de sus nalgas lo enardecía, se escapaba afuera. Con pretexto de orinar.
Lucha encontraba a veces —y se reía— manchas pegajosas como de muyuyo, en la parte baja de las cañas de la pared. En la cocina.
—Ay! Ay! Manuer, anda vete, tráite a ña Pancha, ay! Yo me muero, yo soy primeriza...
Corrió e hizo correr también a la vieja curandera que sabía hacer parir.
Se cerró la puerta. Fue un rato. En el cuarto casi a oscuras solo se oía quejarse a la zamba. Y la voz velada del negro Manuel:
—Padre nuestro, que'stas en los cielos...
Otro amigo se lo contó esa misma tarde a Andrés. En la chingana de la plaza del pueblo.
Entre chicha y chicha.
El día bejuqueaba de amarillo las casas de enfrente yéndose. Un chancho roncaba en el polvo, en media calle, como un cantor borracho carraspea limpiante el pecho.
Andrés oyó la historia viendo turbio. Cual si mirara todo trás el cristal ocharado de los vasos.
—Dizque jué la del diablo en esta casa.
—Ajá, cuenta vos.
—Er negro rezando, creo que hasta hinca'o. Ella abiesta 'e pata y la vieja Pancha jalándose ar chico. Cuando Lucha dejó 'e berrear y la vieja lavó a la criatura vino la güena! Manuer dice: "A ver, ña Pancha. Empriesteme pa' ver a mi hijo". Y er que lo coje: "Pero que's esto? No es negro como er padre esta criatura". Ña Pancha izque dijo que'r cristiano ej mijmamente como er ratón y como er zorro, que nace pela'o y colora'o y más después güerve a la color natural...
Andrés pensó: "Es mío. La iré a ver. Conoceré a mi chico". Las chichas le bailaban adentro. Veía adelante muchas cosa. Se sentía padre.
—Entonces, er chico nu'es negro? Ej de color montubio? Ej amestiza'o?
—No. Er mucho nu'es negro ni amestiza'o. Ej blanco como potrillo talamoco. Y er pelito cátiro. Como el único blanco ' po' aquí amigo 'e la zamba y cátiro ej er colora'o Jacinto der que tiene que ser er bendeci'o chico.
—Ajá... Y que cara pondría la zamba? Caracho! Eso tiene er ser perra!
El sol se había ido. La ropa de la tarde se rompía en andrajo de claridad.
Soplaba un viento que olía a aguacero. Los platanales que'staban a la entrada der pueblo, curvas ante la racha sonaban. Andrés anchó las narices respirando la lluvia.
Y de allá del monte vino un sonido. Un sonido de punta áspera rayando un vidrio. Largo de un solo aliento de cinco o diez minutos que de pronto avienta las orejas de un empellón en la plaza del silencio.
—La cigarra pide agua. Va a llover. Va a llover... Y eso tiene el ser perra! Eso tiene el ser perra!

JUAN DER DIABLO — ENRIQUE GIL GILBERT

I

Juan der diablo.
Que tonta lagente! Si él se llama Juan de Dios. Pero en fin!
Así lo llamaban y se dejó llamar.
Una mañana fue al pueblo.
—Diablo, que hembrota!
Atractiva y corpulenta, movediza y coqueta, paso la hija de don Cato.
—Como se llama, ah?
—Eudosia...
—Que güena que's!
La miró como cuando chico las frutas de la chacra.
—Sabrosa ha de ser...
Ella miró sobre el hombro. Diría que lo invitaba.
—Asígala, que de onde sabe... por si aca la palanca este floja y se caiga la ropa...
La siguió. Eudosia se dio cuenta y se movio más que de costumbre. Miraba a cada instante. Y a cada mirada sacaba la lengua para mojarse los labios. Tal que culebra.
Los vericuetos de las calles permanecieron sin llamar la atencion a su paso.
La noche murmuraba un secreto a las cosas. Estaba llena de vacío negro. El ruido del silencio absoluto, vibraba.
Como un vertice de sombra era la fuga de Juan. Estaba cantando al pie de la casa de Eudosia. Su voz se torcía de inseguridad. Es que "había tira'o puro ni descosido".
Adentro, fingió un relincho de potranca, con su risa, Eudosia.
—Si ha disperta'o.
Se contentó. Montó el brazo sobre la guitarra y comenzó a tejer con sus pies —fingian agujas— la tela del camino del regreso.
Un aguacero de orines lo abrazó como beta que se enreda al bramadero.
Y era er terno blanco, er nuevo de ir a Guayaquil.
—Mardecida sea la vieja y su mama que la parió! Me ha frega'o la parada.
—Va que echá chispas —dijo la vieja, arrebujándose en la sombra mientras se cubría los senos, de rubor la noche.
Llegó la siguiente noche. Fingiendo el retrato de la anterior. Negra como todas.
También "Juan der Diablo" fue a berrear. Dos cuerdas de la guitarra se congestionaron de bulla y rompieron su vida. El no lo sabía.
La ducha de orines iba a caer otra vez, sobre él.
—Alza la gran flauta... Vieja bruta paría a brincos...
Teodoro, el hermano de Eudocia —valiente y machetero— se imaginó insultado. El machete brilló en su mano negra como la fosforescencia del mar en la noche: estela del barco de la rabia..
—Oíte... A quién insurtas vos?
—A tu mamá y a vos también....
Ya estaba abajo. Casi junto a él.
Sus ojos blancos resaltaban tal que garzas en la poza de la cara.
—Querés jalarte al fierro?
—A naidien l'hey teni'o miedo...
—Entonces... Guarda allá...
Er poncho casi noenvorvió er brazo. La noche oyó cantar, gemir, llorar, gritar a los machetes.
Teodoro era más torpe.
Juan avanzaba.
Su brazo era más fuertz. Más agil. Y avanzaba. Su machete baikaba cerca de la cara, del pecho, de la barriga de su contenedor.

Teodoro se cansaba más y más.
Los machetes se entretejían. Con lascivia de sangre, agotados de gritar se arrimaban uno a otro.
A fin el machete de "Juan der Diablo" cayó terrible, cortando, casi bajando el cuello de Teodoro. El miedo se hizo voz en lacgarganta de las gentes:
—Lo jodiste! Anda, vete pronto!
Corrio largo, hasta que el cansancio lo embargó tal que una fiebre.
Cuando se detuvo, estaba el machete riéndose en su mano. Con una risa de sangre coagulada.
Lo lamió saboreando. Ahora sí que no lo cogían.
Recostó su cabeza contra el suelo y se arrojó de frío.

II

"Juan der Diablo"
Como er descabeza'o... Los caballos de la sabana... La viuda der tamarindo... La de la canoíta... Así.
Evocación der tiempo viejo, pero realidad. Era como decir muerte.
Cuando gritaba las valdivias, era seguro que "Juan der Diablo" aparecía.
En el fundo de los López.
Seis de la tarde.
La tarde se diluía en la noche. Los hombres hechos grupos eran que tal que los dedos crispados de una mano. Detrás de ellos, el sol lanzaba su último rayo rojo.
—Qué te parece la última?
—La 'e Juan der Diablo, puej...
—Ah! Que ha hecho?
—Asaltó la hacienda 'e los Pareja. Y se robó to'íto. No dejó nada. Er solito y cuatro más.
—Que bruto!
La noche seguía extendiendo los brazos. Estaban junto al barranco. El río pasaba cantando. Se retorcía refregandose contra la tierra.
—Y la rurar no le ha echa'o mano?
—Que va! Esos son flojos y le tienen miedo.
—Ajá.
—Pero, oye, y la Eudosia?
—Iz que se jué pa'l Guayas.
—Güena era!
—A vos te gustaba?
—A mi sí, y a vos?
—También, puej, acaso no soy hombrr?
—Si supiera, Juan.
—Como yo no la enamoro...
La noche estaba entre ellos. Un viejo lo rompió con la luz de un candil.

III

—Juan, vas a saltar?
—Claro, puej, que cará!
—Pero, aquí en Guayaquil?
—Si.
Y diciendo, hizo.
El río se deshacía en la vaciante. Los vapores y las balandras dormían emborrachados de tranquilidad. El malecón se hastiaba de estar solo. Saltó.
Allá a lo lejos un reloj saludó con diez gritos a la noche.
Se halló en el barrio del Cochero. Una victoria cantaba. Cholos balanderos borrachas regresanan a sus balandras. Serranos sentados o durmiendo en los portales. Un poco —envueltos en su capa gris— pitaba de rato en rato.

En una pianola de un titulado bar, chillaban pasillos de moda.
Siguió por la Tahona.
Por un callejón salió a Eloy Alfaro. En el centro y señalado por los focos eléctricos se sintió acobardado.
Por otra parte el terno almidonado y planchado. Y los zapatos...
Tres automoviles, lo asustaron con su grito.
—Desgracia'os! Pa' que los inventarían?
Se había puesto cuello y le estorbaba. Se rieron unos cuando pasó al lado de ellos. Por la avenida Olmedo se dirigió a las afueras.
Caminó varias cuadras.
Llegó, silbó y salió ella. Lo hizo entrar al zaguán.
—Y que milagro has veni'o?
—Quería verte...
—Yo sabia que ibas a venir.
—Quién te lo dijo?
—Que crees?
—Ah! Er Julio que vino ayer?
—Si, cuando yo estaba comprando en la plaza...
Después sus dedos fueron tal que potros desbocados.
Galoparon sobre la sabana aceitunada de su cuerpo. Sondeaban, elásticos y atrevidos. Seguían todas las ondulaciones.
Ella lo dejó hacer.
Después le tocó a ella... Lo acarició. Lo hizo gozar.
Cuando el día despertó, lo vió irse, agotado y malhumorado
Los lecheros gritaban:
—Lecheee... Lecheee...
Y tamboreaban los zaguanes.
De lejos una voz madura gritó:
—Panadero....

IV

—Maldita sea!
—Qué?
—Nada. Que la perra esa me ha jodi'o!
—Que te ha hecho?
—Me ha enferma'o.
—Con qué?
—Creo que's...
—Te fregó.
—Yo no me quedo con esta! Maldita sea!

V

En la Josefina.
Er grito de la selva besaba er silencio. Er río —en su corriente— era una culebra enorme que avanzaba.
Chis-chas, chis-chas...
El secreto de una canoa violando el agua. Lo unico que hace bulla en la noche. Y el salto de algún pesca'o. O er raya'o veloz de un tiburón pequeño.
La canoa ascendió a la playa.
Un bulto. Despacio. Haciéndose un atado. Caminando como un mono, con pies y manos. Procurando ocultarse. Por entre las malvas rastreando.
Llegó a una casita y subió. Hablo quedo, y susurrante:
—Eudosia! Eudosia!

—Qué? Eres vos, Juan?
—Si. Ven.
—Espera prender luz.
—No. Ven así.

***

—Te acuerdas de esas noches en Guayaquil? Me fregaste y ahoritita me las vas a pagar...
Alzo el machete.
—No... Por... Dió... Ju...
Le partió el cráneo. Ella habló con un gemido último:
—Ju... án... por... qué... matas?...
Pobrecita?
La cabeza partida. Sangrante, con los sesos salidos. En la cara una mueca de espanto.
La miró. La miró tanto que sufrío un mareo de muerte. Y se quedó dormido.
Una garza morena pasó volando muy cerca al infinito.

EL TABACAZO — JOAQUÍN GALLEGOS LARA

—Icen que Mateo ha regresado ar pueblo.
—Ajá, no?
Se lo contaban tal vez malignamente. Para verle la cara.
—Y a tú que te parece, Manuela?
—Nada...
—Ti acordás?
—Tarvez...
La dueña de la chichería no delataba emoción alguna por la vulta del antiguo amante. Algo sin embargo, muy remoto, muy rapido, en los negrazos ojos, pasó...
Ya se habían ido los últimos borrachos. En la calle del pueblo que cerraba los ojos de sombra se apagó un amorfino. Un amorfino de un dejo hondo y largo. U amorfino aguardientoso:

Mañana me voy pa' Quito
A comprar papel sella'o
Para escribijle una cartita
A la hembrita que mi ha orvida'o

No eran nada las palabras. Lo que n las almas sacudía cosas viejas era esa voz estremecida de temblor3s que se arrastraba con ganas de llorar.
Y Manuela vióvenir entonces a Mateo. Saliendo de la noche. De la noche que olía a monte con aguacero.
—Ti acordás, negra?
—Claro...
El candil bamboleaba sus trazos amarillos en las cañas violadas de humo. El tufo de kerosen hacía toser a Mateo. Por otra parte, sonaban en el silencio los manotazos con que ambos se mataban los mantablancas.
Y no hablaron más...
—Ya hey regresa'o.
Y era todo. El pasado se borraba. Las manos se enlazaron comunicando la vibración caliente. Se buscaron las bocas. Los duros senos de ella entre el vestido colora'o se aplastaron contra la cotona de él. Los grillos saltaban en extravagantes ruidos. Un murciélago aleteó. Afuera las ranas tejían un toldo de sonidos sobre la noche de invierno. Las cañas crujieron cuando los dos cuerpos como dos cogollos se doblaron meneándose.
Al día siguiente, tenía en la boca todavía el sabor de los besos de él. No sé por qué los asociaba con las ausencias. Le sabían a lo que ella suponía, era Guayaquil...
Volverían a unirse? No lo sabía. Después del loco estrechón, ella, limpiándose adentro, con un canto del traje arrugado, lo empujó:
—Anda vete... Cuida'o con mi mamá... Más que vos eres el padre 'e mi chiquita. Tarvez no le guste.
Y de prisa había cerrado las puertas anchas de la chichería. Que eran el último ojo de la claridad en la cara negra del pueblo en sueños.
Dejó la chichería a cuidado de la madre. Pretexteando ir a lavar una ropa al estero.
—Yo no me embromo. No vo'a a lavar con jabón que se corta en el agua 'e río. Con cabuya se friega más la ropa, es cierto pero es más breve. Ya vengo mamá...
Y cruzó con paso veloz las calles donde empezaban a encender la mañana. Lavó de apuro. Agachada en la balsa.
Al pie de ella saltaba como un puñado de chispas blancas y brillantes la chautiza. Un raspabalsa crujía abajo.
Era una mañana clarísima. Los pato-cuervos bailaban en la corriente.
A ras de agua partían con un vuelo, derecho, alas inmoviles, y de improviso, se sumergían.
Distraida acabó de lavar y quiso bañarse. Con una bata sucia por todo traje, habiéndose desvestido sin

miedo, cubierta como estaba de las miradas del pueblo por el barranco, entro al estero frío.
La bata se le pegó al cuerpo. Era casi transparente. Se veían los gruesos botones de sus pechos levantar su vertice en la cima. Y la negrura de los sobacos y su bajo vientre se llenaban de finas gotitas de aguas resplandecientes como chaquiras en terciopelo.
De regreso, bañada, fresca, se encontró con él en la plaza. En el banco de la peluquería.
—Anda a la casa... Quiero hablar con vos...
—Y tu mamá?
—'Ta cocinando adentro. Ven nomás.
La siguió de lejos. Un instante después que hubo entrado, penetró él en la chichería.
Ella lo esperaba apoyada de espaldas en el mostrador:
—Mateo, vos vas sejme franco... Piensas volver conmigo?
La limpia mirada de Manuel lo turbó. Buscaba evasivas.
Ella fruncía los labios finos. Se pasó la mano apartando un churo de pelo mojado de la frente:
—Anda, contesta... Eres el mismo de antes? Me querés tu'vía como me lo juraste? Le darás algo a tu hijita? Más que ella no nesesita con el favor de Dios, pero siempre el cariño el padre...
Quiso abrazarla. Tendió la mano y le cogió la barbilla. Sonreía sabiendo que ella lo amaba.
—Ve... Talvez me tenga que largás... Talvez también me quede... Si me quedo claro que me vendré con vos y la chiquita.
Y metió la mano la mano por el descote, abarcando con ella toda uno de sus pechos, elástico y grande, cuya punta estrujaba despacio...
La empujó adentro al cuartos. Los cueros de chivo se mullieron para recibirlos.
Y bruscamente lo supo.
—El Mateo? Onde a llega'o ices?
—A la casira er compadre Bolivar Carrión onde está donde que llegó, con la blanca que trajo del Guayas...
El piso se le hizo como el puente de una balandra en el mar —se acordaba de una vez que fue al Morro— y hasta los ojos se le cerraron del mareo.
No dijo nada. Quedó pálida tal que si viera al muerto.
—Manuela, er desprecio es maj mejor! No t'enjurescas y no te apenes! Aguajda!
—Ej un perro! Un perro!
Las cejas negrísimas se unían en un solo rasgo duro. Era una mujer hecha; no era una niña. Ni cuando la abandonó la primera vez, había llorado. Supo vender prenditas que le dejó la abuela y puso la chichería con la madre. Se había sabido mantener. No temía. Pero que odio le causaba el mal hambre.
—Se sabe burlar de las mujeres! Se ha rei'o 'e muchísimas pobres! A cuenta de güen mozo!
La amiga asentía. Con un ligero ímpetu de deseos en lo íntimo. Con esa aureola de odio que tienen ciertos hombres y que tan fácil es convertir en amar.
—Pero, mujer!
—Figúrate Petita! Yo era una muchacha inocentona, cándida. Y era niña. Er me pardío! Jué en Taura, en la haciendita que tenía er finadito mi agüelo. Que pendeja juí! La abría er zaguán to'itas las noches... Cuando me nació la chiquita y er viejo quiso hacer bulla, fue tarde... Er se largó... Ahora izque se ha traído engañada una pobre blanca... Si ej un perro! Un perro! Y teniendo mujer viene y yo, que bestia! Me hey deja'o.
—Vos has esta'o con er?
—Si, anoche y todo'y.
—Pero, por qué? Habiéndote deja'o botada antes.
—Pues... Porque lo quiero.
—Güeno, don Mateo. Yo, su comadre, quiero tomar esta copita por er santo y por las paces...
—Güeno comadre Petita, sirvete vos eso si también Manuela.
—Salú...
Lo dijeron todos tres y bebieron. Era vispera del santo de Petita.
—Er puro ta argo juerte, no? Pa' mañana tengase unos cuantas damajuanas de chicha. La chicha es mejor.

Así hicieron las paces esa tarde asoleada y clara. Cuando ya se venía el verano. Cuando el pueblo hervía por correr San Pedro.
Se alistaban los parejeros. Había un palo ensebado. Y de Guayaquil había venido un carrusel.
—Va 'tar güena la fiesta... Yo vo'a correr San Pedro hasta por gusto!
Del oatio venía un humo ocre. Era humo de las candeladas donde se cocinaba la jora. En el fogón hervía una paila de mazamorra.
Y arremangado los brazos arriba del codo ellas dos trabajaban.
Cuando Mateo salió, y su albarda fue sonado al compas del trote del caballo por la calle en siesta, las dos mujeres se miraron. Y Manuela dejó caer como una piedra despacio estas palabras:
—Y er que piensa correr San Pedro!
Esperaban el momento de la bulla. No debía tardar. Ah!
—Y ar fin no mi has dicho como jué que te dijo ella que hicieras...
—Cuando juí 'staba dando 'e comer a un armadillos... M'hizo dentrar pa' dentro er cuarto... Había yerbas y olía di una manera! Tenía argo 'e canillera yo! Más pior cuando vi a la cabecera 'e la talanquerita 'e la vieja una calavera. Y más pior tu'avía cuando salió arrastrándose un rabo 'e güeso de adebajo de la cama... Grité y quise correr recogiéndome las polleras... Pero la vieja m'hizo alentar.
—Yo nunca hey 'ta'o onde una bruja, Jesús Ma...
—Aguajda. Ar fin 'cabo 'e darle 'e comer al armadillo y me dijo: "Güena hija, vos que quieres?" "Que vuelva con vos u hacerle daño". Me quedé entonces calláa. Y le dije: "Esté... Que mejor?" Lo que quieras. Deme 'e las dos maneras que yo le pago el doble. Pa' pagarlo hey teni'o que vender mi gallo er fino y ka gallinera americana. Y me enseñó dos porquería d'esas.
—Y cuales fueron?
—La una: pa' traerlo 'e nuevo es puerquisísima! Me d'hasta pena!
—Dila hombre, anda. Que jué?
—No... Pero güeno... Vos eres de confianza... Hay que lavarse todita la casa y dajle di argún modo esa agua. Y también quemar, tres pelos de la cabeza, tres del sobaco y tres di abajo... Y er polvito u ceniza esa se le echa en chicha u en fresco... Así es que vuerve con una el hombre más emperra'o.
—Y la otra cosa que jué?
—Es argo menos puerco... Pero más peorsísima... En una botella 'e puro se pone media libra 'e tabaco. Se deja al sereno una noche. Y después se cierre... El puro ese.
—Güeno y vos, cual li has da'o?
—Pa' que fue perro? Ley da'o er tabacazo... Pa' que se revuerque con más ganas con la blanquita esa!
—Y que le va a pasar?
—Vaya verlo vos misma...

***

—Manuela! Venga! Venga!
—Que 'ice ña Chepa?
—Venga a ver ar Mateo. Si ha caí'o del caballo. Y se ha vorvido loco. 'Ta aullando, pior que perro y revolcándose en el polvo echando espuma por la boca. Venga pronto. En la esquina 'e la chichería.
Sucio de polvo. Caído de rodillas. Hirsutos sus cuidados rizos de hombre de mujeres. Apagados los ojos. Como vidrios de botella empañados. Riendo a carcajadas estúpidas. Asi vió Manuela al Mateo, que un tiempo tuvo en sus brazos.
—Negro, negro, que ti ha pasa'o?
Ella no sabía cuál era ese arranque. La gente hacía circulos. Causaba cierto horror y no se acercaron a auxiliarlos.
—Pero ve...
—Vayan avisen pa' la casa del... Onde la blanca...
Cruzó ante todos abriéndose paso. Se echó de los labios.
—Ahi viene la blanca —decían.

Que baba apestosa a mallorca le escurria de los labios. Como estaba sucio de tierra!
Los ojos vidriosos le bailaban. En medio de un aullido, chilló:
—Ajá, erej vos, so pedazo de puta! Anda a tirar con er perro que te engendró.
Ella le apartó con su fina mano el pelo sudado sobre la frente. Con dulzura exquisita:
—Que venga mi blanca! 'Iganle que la hey visto revorcandose con er mono, pero que no importa... Que venga con el miquito pa' que me los lama cuando me lo atranque... Maldita sea! Er miquito! Er miquito!
Seguía:
—Y vos quién eres? Vos eres la Manuela? Ajá, perra, anda a la ñoña! Yo toy especha'o 'e mujeres... Pero no puede ser maricón... Apreúntele al cura que'e maricón si es güena esa pendejada...
Dijeron:
—La blanca.
Manuela le dejó descanzar la cabeza suavemente en el polvo. Y lloró.

EL CHOLO QUE SE VENGÓ — DEMETRIO AGUILERA MALTA

—Tai ama'o como nadie, sabes vos? Por ti me hey hecho marinero y hey viaja'o por otras tierras.. Por ti hey esta'o a punto a ser criminal y hasta hey abandonado a mi pobre vieja: por ti que me habís engaña'o y te habís burla'o 'e mi... Pero me hey venga'o: todo lo que te pzsa'o ya lo sabia yo dende antes. Por eso te deje ir con ese borracho que hoy te alimenta con golpes a vos y a tus hijos.

La playa se cubría de espuma. Allí el mar azotaba con furor. Y las olas enormes caían, como pzces multicolores sobre las piedras. Andrea lo escuchaba en silencio.

—Si hubiera si'o otro... Ah!... Lo hubiera desafia'o al machete a Andrés y lo hubiera mata'o... Pero no... Er no tenía la culpa. La única culpable eras vos que me habías engaña'o. Y tú eras la única que debía sufrir así como hey sufrío yo...

Una ola como raya inmensa y transparente cayó a sus pies interrumpiéndole. El mar lanzaba gritos ensordecedores: para oír a Melquiades ella había tenido que acercarsele mucho. Por otra parte el frío.

—Te acordás de cómo pasó? Yo, lo mismo que si fuera ayer. 'Tabamos chicos; no habíamos cria'o juntitos. Tenía que ser lo que jué. Te acordás? Nos palabríamos, nos íbamos a casar... De repente me llaman pa' trabajar en la balsa 'e don Guayamabe. Y yo, que quería plata, me juí. Tu hasta lloraste creo. Pasó un mes. Yo andaba por er Guayas, con una madera, contento de regresar pronto... Y entonces me lo dijo el badulaque: vos te habías larga'o con Andrés. No se sabía nada 'e ti. Ti acordás?

El frío era más fuerte. La tarde más oscura. El mar empezaba a calmarse. Las olas llegaban a desmayar suavemente en la orilla. A lo lejos asomaba una vela de balandra.

—Sentí pena y coraje. Hubiera querido matarlo a él. Pero después vi que lo mejor era vengarme: yo conocía a Andrés. Sabía que con er solo te esperaban el palo y la miseria. Asi que er sería mejor quien me vengaría... Después? Hey trabaja'o mucho, muchisísimo. Nu'hey querido saber más de vos. Hey visita'o muchas ciudades: hey conocido muchas mujeres. Solo hace un mes me dije: Anda a ver tu obra!

El sol se ocultaba tras los manglares verdinegros. Sus rayos fantasticos danzaban sobre el cuerpo de la chola dándole colores raros. Las piedras parecían coger vida. El mar se dijera una llanura de flores polícromas.

—Te hey halla'o cambiada, sabés vos? Estás fea; estas flaca, andás sucia. Ya no vales pa' nada. Solo tienes que sufrir viendo cómo te hubiera ido conmigo y cómo estás ahora, sabés vos? Y anda vete que ya tu marido ha d'estar esperando la merienda, anda vete que sino tendrás hoy una paliza.

La vela de la balandra crecía. Unos alcatraces cruzaban lentamente por el cielo. El mar estaba tranquilo y callado y una sonrisa extraña plegaba los labios del cholo que se vengó.

—Ejta madera se la robamo a una viuda pa' otra vida.
—Y vos crees que la del tamarindo no se calienta?
—Tarvez
—Puede pasarle algo malo... Atacarnos er tigrz u llevarnos argún hombre la sarvaje...
Fumaban por hacer humito pues el güitife ardía sobre ellos en densas más. Y ni ese humo los contenía.
Eran las doce. El calor llenaba la montaña de madera de un gran silencio. Pasaron los últimos loros hacia el oeste:
—Guerre... Guerre...
No había una nube en el azul. El río correntoso no reflejaba el cielo. Se veía blanco y estirado por el andar del agua.
Los madereros callaron chupando sus cigarros. Tan grande era el silencio a ratos que solo se oía el garraspear de sus uñas en la piel rascandose.
O abajo, al pie del playón de vaciante el brusco chapuzón de algún guanchinche.
Con placer contemplaban los dos hombres tendidos ante ellos en playón a sus tiburones de vientre rojizo —las alfajías.
Lama babosa nacida al beso de las mareas las cubría. En la cáscara se adherían cangrejitos. Y en las puntas, en la herida collar que abre el hacha para sujetarlos, se incrustaban caracoles. Unos delicados caracoles de agua dulce y de lodo.
—Oíste, Liberato...
—Qué?
—Vos viste la marca er tigre?
—La hey visto, Caslo... Y vos?
—Yo también... Er tigre ese es malo!
—Y a todos se han fija'o en que me pasa la güeya. Y te juro. Caslo que yo no le tengo miedo... Y sin embargo, cuando er tigre le pisa la güeya a uno es porque ese le tienen miedo y ar fin se lo yeba... A mí me va a llevar!
—No seas pendejo, hombre! No ices que vos no le tienes miedo!
—Pero al que le pisa la güeya se lo lleva... Y también a mí me ha grita'o la viuda!
Por entre la pelambre de un verde sombrío de los arboles pasó el fijazo de un sonido.
Era un cacho. Al apagarse fue surgiendo muy lento un canto largo. Un canto de amorfinos. Cuya letra se perdía; pero cuyo dejo cuando se oye no se borra nunca de los oídos. Porque es tal que el zumbido del güitife o el gritobde los aguajes. Y se apaga con el mismo dejo que el chillido del "perico ligero".
—A vos ti ha llama'o la viuda der tamarindo, Liberato?
—Mi ha llama'o Caslo... Por mi nombre 'e Liberato Franco...
Las yuntas desembocan por la vuelta de la manga. En la pampita del playón. Los peones a caballo cantaba aún. Dirigiendo con sus planchas puntonas el andar de los bueyes.
Un rumor sordo de truenos vagos y una polvareda se alzaban tras las alfajías. En medio corría el hilo del chirriar de las toscas ruedas de rodaja de tronco de árbol.
Los bueyes gigantes de petral de montaña y pezuñas de hierro tiraban con un impulso continuo de los tiburones de palo, de barriga roja, medio descascarada.
—A mi me ha llama'o la viuda. A mi er tigre me ha pisa'o la güeya.
Todos los zambos eran así. Parecían sacados de las mismas prietas alfajías.
Eran de cuero ásperos, curtidos, que solo el pinchazo mínimo del mosco traspasa.
Con la yunta que acababa de llegar, Liberato y Carlos estaban contentos. Eran figueros y nigüitos.
Árboles que tienen trescientas capas de fibra —viejos— cada capa es un año— viejos hasta haber visto pasar al pies suyo a los huancavilcas.
—Con una yunta más tenemó pa' dos barses. Pasa'o mañana comenzamo a barquear...
—La una barse es par Pailón, no?
—Si, y la otra 'e nigüito pa' la viuda, 'e por la calle El Oro.

***

Hasta mañana 'e mañana no volvemo pa' dentro. La montaña 'e noche es medio jodida; mejor es pasar cerca er río.
La gente pasó la tarde acomodando las alfajías para felicitar la próxima barqueada.
Cuando uno de aquellos palmeros descanzaba en los hombros de ocho morenos, alzados en el aire, nadie respiraba.
Se movían cubiertas de sudor desnudos por completo, a pasos cortos. El peso no los dejaba desligarse bien de la tierra.
Hacía volver a cada uno un retoño. Un retoño clavado por las dieciseis raices de sus piernas al tronco del suelo. Y que reptaba como un lento ciempies.
—Up... up...
Las gargantas contraídas por la tensión de todo el cuerpo daba un tono especial al grito de ánimo.
—Up... up...
Y con la rapidez de su peso dinamizado la alfajía resbalaba sobre las otras alfajías. Con un salto de bufeo.
A las cinco refrescó el día. Ya los palos estaban muy abajo en el playón. En orden para el amarre de las balsas.
Los hombres se acercaban a la candela. Uno de ellos cocinaba. Muchas pelaron verdes y los metieron a asar en las brasas. Se sentaron rodeando la olla de la que se elevaba un olor a pescado.
Liberato y Carlos vinieron.
—'Ta ya?
—Vo'a servís.
Oscurecía. Una lluvia de tierra parecía caer. O más bien un vaho negro se alzaba de la manga, de los brusqueros, del mismo río.
—Patrón, 'ta mañana hemos visto ar tigre...
—Si? Donde?
—'Tabamos amarrando la yunta... Tarbez quería asustajno los güeyes... Pero yo donde que sentí quedarse calla'os a los micos y salir volando una pava 'e monte le ije a éstas; er tigre! Y aunque era 'e día hicimo una candelada... Lo vimo 'e lejos... Agazapa'o. Solo li alumbraban los faroles en lo oscuro er monte.
Intervino otro:
—Benavides y vos crees en lo que dicen que le pasa la güeya ar que le tiene miedo y ar fin se lo lleva...ah?
—Claro, yo lu'hey visto...
—Cómo jue?
—A un longo... Un longo medio loco... La viuda er tamarindo lo llamaba...
Carlos dió un santo. Lo mismo que su amigo.
—'Tabamo barquiando mangle... Pa' abajo. Onde los cholos. Teníamos una ramadita alta. Er nunca quiso dormir abajo. Y er tigre le empezó a poner la pata en la pisada. Dende ahí le cogió un miedo! A la oración no más y 'staba ya trepa'o en la ramada.
—Y lo llamó la viuda de er tamarindo?
—Que va!
Benavides sonrió como quién conoce.
—Yo lo hey oído.
Acaso todos tenían un calofrío en el espinazo. Y la oscuridad venciendo ya en su pelea con las latigueantes lenguas del pelo de la candelada.
El río era de tinta. Un chagüiz gritó y encima graznó una lechuza. Se lo comía seguro.
—Yo lo hey oído... Es una voz tar como 'e vieja. Medio como er grito er patillo u de las marías. Y to'itas las noches no faltaba er grito... Algo como: Juan ven pa'cá.
—Y er que hacía?

—'Taba pior. Se 'njuermó der miedo. La diarrea lo mataba! Se puso amarillísimo. Y una noche, víspera 'e regresar pa'l Guayas er tigre se lo llevó. Di arriba 'e la ramada mismamente y 'stando nojotro abajo. Tu'avía me parece oir er grito que pegó: y cómo había prendido un candil vi er bulto er tigre llevándolo en er hocico!
En la cara del hombre espejaba el fulgor de la candela. El que había cocinado recogió los mates vacíos. Liberato arrojó lejos un pedazo de verde asado frío y sonrió:
—Er murciélago ej er mismo que'l vampiro?
—No, er vampiro es mas grande.
—Ven a ver este que' y mata'o. Taba chupandome er dedo grande der pie.
—Es vampiro.
Carlos separó la frazada y se sentó en los cueros del chivo. La luz del candil movía agigantadas a la sombras de los dos y las hilachas colgantes de la paja del techo, sobre el follaje cercano de los nigüitos. Fue hasta su amigo. Se agachó sobre el murciélago.
—Lu has mata'o del todo?
—Fijate. Creo que si. Ices pa' hacerlo jumar cigarro, no?
Al ir a tocarlo con un palillo, el vampiro aleteó y zigzagueó dos saltos. Ellos retrocedieron. Como el bicho estaba cojo se volvió a quedar inmovil. Como estúpido.
Entonces lo amarraron de las puntas de las alas, templándolo, con dos zapanes.
Liberato extendió su cigarro y antes de que se lo pudiera impedir, Carlos lo hizo fumar al murcielago.
—Ah, pendejo... Ya te jodiste...
—Por que?
—Le has da'o tu cigarro. Y cuando er murciélago juma un cigarro empeza'o trai desgracia pa' er que lo jumó más primero...
Ya no les divertía ver la punta del cigarro dauleño como un carbón encendido. Ni los gestos del bicho.
—Hácele la contra.
—Cual?
—Métele encima.
Liberato cubrió con el chorro salino a la bestezuela, apagando el cigarro. Y no podían dormir.
Amarraron los caballos y los bueyes. Un peon se puso a cuidarlos. Espantaba los tábanos
Y con un bejuco golpeó la yerba para hacer salir las culebras o los gusanos pachones.
Los tumbadores empuñaban las hachas, blancas del feroz filo, no de nuevas. Y comenzó el trabajo.
No sudaban todavía. Como hacía tanto fresco! Y los gavilanes de las hachas le daban claras chispas de regalo al sol mañanero.
Todos estaban alegres. Al día siguiente navegarían. Y pasado mañana en Guayaquil. Ya se veían en el Malecón por el Conchero. Tomando cerveza en cualquier salón. Porque si bien ellos no despreciaban el puro, preferían la cerveza.
—Ajuma meno y hasta alimenta.
Benavides se había cogido con su figueroa medio cortado. Después de poco rato podía gritarles:
—A ver! Tan bien puestos los cabos? Va a caer...
Se apartaron los especiantes. Del lado que le dictaba su cálculo de maderero viejo, el hombrón esgrimió el hacha en los postreros golpes.
—Guarda abajo!
Cayó con estrépito impensado.
Rozaba follaje contra follaje.
Tropezaba las ramas contra las ramas, quebrándose con un brutal crujido.
Y el trueno grande del tronco que hacía temblar la tierra y repercutía en los ecos de la soledad.
Se sentían sordos pero corrían al ramaje. Solían haber huevos de pava o de gallina de monte. O miel de mosquiñaña.
Uno vió a tiempo:
—Cuida'o los cubos.
Benavides contesto saltando adelante entre los temibles avispas que se habían alzado zumbando el

dorada nube:
—Yo dentro: que ñoña! Pero la miel es mía!
—Si es qui'hay.
Otro salto tambien:
—Ajá. Ya sé por qué detras sin miedo: sabes la contra: morderse la punta 'e la lengua.
Con las cotonas espantaron a los cubos. Pero no había miel.
Delante del ramaje del nigüito caído, la nació una idea. Verían que podía!
—Ah! Pa' eso soy hombre!
Un arranque y...
—Y si es verdás? Si 'toy malea'o? Si er murciélago y la viuda der tamarindo y la pisada 'e la güeya? Y si toy pa' morir, nu'es lo mismo en la ramada que acá? Güeno, pues; suelte u trepa...
Con er machete cortó la rama. Una rama de nigüito derecha como una voluntar. La peló y gozó en palparla.
Era un trozo blanco. Una paloma redondita, no muy gruesa, en cuya punta amarró, con recios zapanes del mismo árbol, su tetillera, fino relámpago de acero.
—Vo a sacajte l'alma. Pa' que vayas a decirle a la viuda der tamarindo que me cago en ella y en la perra que la jalo 'e las patas...
Se había queda'o atrás 'e las yuntas, esa tarde. Monta'o en su rastrillo parejero.
Carlos le había visto la palanca hecha lanza:
—Que vaj a hacé? No te quede atrás.
—Voj verás. No tengas cuida'o.
Y el socio que atornillaba supersticiones contra Liberato, sonreía cuando se quedó atrás mascando insultos contra el tigre.
Cuanto tiempo lo esperó? No sabía: perdió la cuenta de las horas.
Le tenía el caballo puesto de cazonete. Amarrado, pastando allí.
Y él —sin embargo— lo acechaba a poca distancia. Porque le había nacido en el pecho un odio feroz contra esa bestia que lo insultaba. Que le hacía a frente de llamarlo cobarde pisándole la huella.
'Taba inquieto; el corazón le pareaba, cierto; pero eso no era miedo. Si tuviera miedo no lo esperara.
La mano le sudaba trincando el pescuezo liso de la palanca. La apretaba de tal modo que parecía querer hacerle sangre o asfixiarla.
Una hora de mediodía. Las dos y media. Las tres, acaso. Los animales caballaban hacía rato; talvez del calor, tal vez del tigre cercano.
En un brusquero de raíces. Con manchas de sol filtrado, encima, se agazapaba. Liberato Franco esperando a su enemigo.
Lo consideraba como a un hombre. Como a un hombre odiado; el que nos roba la mujer, por ejemplo.
Se contuvo: vio por un hueco un chorro de hormigas guataracas. En una pocita de agua saltaban pejesapos. Una ardilla lo miró con sus ojos dulces, en medio de la carrera, y de pronto quedó inmóvil. Unico indicio.
Enseguida vio los dos globos glaucos y fosforescentes frente al caballo. Metidos en el suelo casi. Poco a poco distinguió su contorno gracioso de gato grande. Divisó el rabo que como un bejuco silencioso brisca resortescamente sobre los flancos. Así tendidos, bajo, bajo, se alargaba hasta verse larguísimo.
—Langarato!
Liberato también tenía los ojos con luz. El cuerpo tenso. Y la palanca, que en el mismo aquel alucinado vio tan blanca y luminosa como cualquiera de los rayos de sol filtrados del ramaje, estaba recta, quieta. Ah! Estaba seguro de su pulso.
No lo perdía de vista. Todos sus poros atendían y se alistaban limpiamente. El corazón le bailaba terribles pasillos. Se le había subido al pescuezo: allí lo sentía; pero, que importa que salte el corazón si el cuerpo está calladito?
Lo malo era que el tigre podía oír los saltos del corazón. Porque en verdad era una pelota: como brincaba!
Llegó el tigre al límite del brusquero y se detuvo.
Paso una ráfaga tumbando ramas secas y frutas de pan viejas. Soplaba del tigre al hombre. No del

hombre al tigre. Era favorable.
Y después decían que la viuda del tamarindo lo había llamado. Si ella lo odiara soplaría viento contrario con el abanico de sus toquillas.
—Que lindo era el pecho de la bestia! Blanco como el Guayas al mediodía! Parecía de cola de garza! Y le esponjaba tan fuerte como el suyo!
—Si a vos te nada el cuero a mi también —le susurraba Liberato.
Los demás fue breve.
Salto simultáneo al tigre, porque lo tenía así de cofiado.
Al tigre le falló el salto —hasta bruto era!— y en lugar de caer en el anca cayo a lado, rasgando sólo apenas al caballo.
Miró al tigre al hombre, pero no tenía tiempo de calcular bien. Le saltó encima, fallando de nuevo.
Los dos mujeres se unieron matemáticamente. Y se fué toda la tetillera fulminante —él creyó que se ahogaba en el rugido— y se fue adentro con ella una cuarta de la punta de la palanca.
Liberato sudaba frío y se figuraba que de un momento a otro iba a escupir el corazón.
Er parejero rosillo con er tigre cruzadobal anca —er mesmo tigre que lo 'bia hecho relinchar 'e espanto y encabritarse y corcovear— dejó una polvareda en las vuetas de la manga.
—A Benavide, por ahí viene ño Liberato!
—No juefue, hombre! Ño Liberato 'ta en la barriga en ti...
Cuando Liberato saltó del parejero y desamarró el cuerpo del tigre, haciéndolo caer como saco de papas —todos lo rodearon.
—Vieron? Vieron? Er murciélago se jumó mi pucho 'e cigarro y er tigrz er pucho 'e mi lanza... Jue a ér quién le gritó la viuda der tamarindo y yo quién le piso la güeya... Ja, ja, ja, ja...
Se sentía alegre tras el susto pasa'o.
—Y sepan, cará, que yo no creo en brujerías ni abusiones. Ahi 'sta!
Benavides decía a uno de sus compañeros, junto a las balsas ya preparados, y viendo reír al hombre:
—Ejte ej un montubio der tiempo pasa'o...

EL CHOLO QUE SE FUE PA' GUAYAQUIL — DEMETRIO AGUILERA MALTA

—Guayaquil...
Tal que voz de mujer amada y lejana. Tal que machetazo que parte el corazón. Tal que cosa deseada e inalcanzable. Le brincaba en el oído y en el alma. Le hacía odiar las islas, la canoítas y el mar.
—Guayaquil...
Le 'bian habla'o de la gran ciudad. Izque era enorme. Enormísima. Izque tenía cosas de todos los colores. Llenos de gente. Izque aunque lloviera —los crestianos usaban unas cosas raras pa' taparse— naidien se mojaba. Izque llegaban a ella —quién sabe de onde— barcos negros. Que echaban humo. Como cigarros que fumara la boca de dientes innumerables del río Guayaquil.
—Guayaquil...
La 'bian habla'o de sus mujeres. Las mujeres buenas y bonitas. De pechos macizos y caderas elásticas. Los hombres bravos y juertes. Leales y generosas.
—Ah! Guayaquil! Guayaquil!
Y...
Cuando menos lo pensaba. Cuando la vida monótona y triste de las islas lo 'bía atrapa'o —tal que una atarraya hecha con cuerdas de acero. Cuando un horizonte gris y uniforme le 'bia tira'o humo o comején en los ojos y tucos de mangle en el alma. Cuando 'bía olvida'o que al buen cresteano.
Sobre el estero. Tras de la última vuelta. Surgió una balandra, la Mercedes Orfelina.
Y la vela creció. Se hizo golpes de realidad en el torax perla del ambiente.
Se empinó en mangle copudo. Los demás se agacharon. Hubo frío. Unas cuantas sinbocas corrieron asustados.
En la balandra salió Tomás Leitón. Dejó —con un gesto de pera— las viejas islas verdes grises. Se enroscó a su garganta la rabo 'e hueso de la angustia. Tuvo miedo. Quiso gritar. Deseó arrojarse por la borda. Hundirse en el mar. En ráfaga de acuardo se le apretó el corazón...
Pero...
Allá... En su cerebro primitivo. La guitarra der deseo. La eterna canción.
—Guayaquil! Guayaquil!
Y llegó. La visión de balandras innúmeras —millar de aguajasbtejiendo el blanco vestido de las nubes— fue su primera visión.
Tal que un borracho se arrastró por la orilla. Con pasos vacilante. Fastidiado. Porqie se sentía un extraño. Porque le molestaba el terno plancha'o y recién puesto. Porque le dolían las botas indomables que antes no había lleva'o nunca. Y se llenó de dolor cuando se comparó con lo que le rodeaba. Y se sintió pequeño y miserable. Indigno de esas mujeres y de esos hombres que soño, sobre un brusquero de ñangas enredaderas.
Pero —cholo ar fin— se decidió. No vorvería más a las islas. Se quedaría en la ciudad. Trabajaría como un burro. De noche y día. En cualquier cosa. Y pudiera ser...
Como ar cresteano...
Y trabajó...
Haciendo 'e todo.
Cargando en la plaza. Vendiendo carbón. Acando leña. Se vio en la orilla y en el centro. Subiendo y bajando a las casas de los blancos. Sin detenerse nunca. Sin amigos y sin amores. Encerrado siempre en si mismo.
Ah! Guayaquil!
Como se adentraba. Cómo se le metía en todo cuerpo y en toda el alma. Se deleitaba en contemplar sus calles y sus edificios. Se emborrachaba de placer ante los millares de ojos vivos de las lamparas eléctricas. Mascaba en silencio —tal que sabroso manjar— el aire, el ambiente. Chupaba tal que el mejor puro de Daule una mirada de mujer o el cielo de una tarde de verano.
Ah! Guayaquil!
Y él que poseyó con la brutalidad de su carne insatisfecha. El, que fue bravo y fuerte como nadie. Él, Tomás Leiton. El cholo de los musculos de acero. El cholo dominador de olas bravas y de caranudos en

celo.
Él...
Un buen día lloró.
Mardita la vida!
Ah! Pero es quz le había pasa'o lo que naidie. Lo que no podía pasar ya más. Él, Tomas Leiton, se ha enamora'o 'e Guayaquil...
Y se 'bía enamora'o como de una hembra. Como de las más bella hembra que hubiera conocido...
Deseaba poseerla. En una posesión extraña y estúpida. Ser dueño de ella. Dominarla. Golpearla si fuera preciso.
Y, al darse cuenta de lo imposible. Al darse cuenta de que eso no llegaría jamás.
Se hizo la vela. Se lanzó al mar.
Al buen cresteano.
Ja, ja, ja!
Adentro —no sabía a donde— pero adentro de él mismo. Cómo le bailaba el recuerdo. Cómo te mordía la angustia.
Ah! Guayaquil! Guayaquil!

Yo hey mata'o... Soy asesino... Pero estas contento...
No! No soy asesino... Hey mata'o porque a él le llegó la hora. Nada más! Yo soy un desgracia'o!
Un desgracia'o! Un desgracia'o!
Un perro aulló a la noche. La noche sollozó hiriente, con sarcasmo, a la alegría del hombre que acababa de matar.
—Leonardo, ya no puedo más!
—Pero los rurales me persiguen!
—Taita, dame agüita! Tengo sed!
Y todo por matar a un hombre. Es que los jueces viven bien y no saben lo que son ellos.
Leonardo huía, porque todo el que mata y tiene hijos tiene que huir.
La montaña brava lo amparó. Pero él tenía que llevarse a su hija y a su compañero. Y como una tumba inmensa abrió su boquerón una montaña de plazartes.
Cómo asustan los plazartes traicioneros!
Y Leonardo, hediondo, sudado, repugnante, nauseabundo, arrastrando a su mujer y cargando a su hija, intentó la travesía.
Cuando con el vertigo de huir profanaba con su machete aquellos jeroglificos escritos por la muerte, parecían culebras que se le enrollaran al brazo. Y como alzaba la montaña su látigo enorme para castigar al profanador.
Y como sus raíces grilletes lo sujetaban... lo sujetaban.
—Maldecida sea! Por mí no mi importa!
Y era interrumpido el pensamiento.
—Taita, dame agua.
—Desgraciados! Ya me la han de pagar, conmigo están!
Entonces sufría. Sufría inmensamente.
Su hija! Su hija! Su hija con sed! Y él no podía darle agua!
—Leonardo, cuando salimos de esto? Yo tengo miedo.
Un coleoptero gigante de un cuerno en la cabeza, paso airoso, satisfaciendo su sed en un pozo de orines. Ah! Si él fuera como un bicho!
Maldecida sea! Nacer hombre!
Una tarde...
Se estremeció la montaña.
Un ulular que corta la circulación en las venas, un ulular que aterra. Se embriagó el ambiente tranquilo. Se vio cruzar veloz a un venado; una ardilla se paralizó e inmóvil, quieta, parecía esperar la muerte. Un perico —l8gero se quejó aún con más tristeza. Y cprrieron no sé qué cuadrúpedos.
El espacio fue invadido por un millón de trinos asustados. Los pájaros volaron. Y hasta los insectos brutos se guardaron en sus casas y huecos. Las iguana pasaron temerosas remedando serpientes con sus colas.
Las culebras zigzagearon veloces. Los árboles agitaban sus ramas como llamando la protección del cielo.
Leonardo 'staba en er seno de la montaña. Sintió sobre si el vaho del miedo. Sudó un frío que palideció. Y confusamente comprendió:
—Er tigre! Er tigre!
Quiso correr. Lo mejor era salvarse. Pero... su mujer? Su hija?
Tuvo valor.
Lo mataría... iría hacía donde él. Lo mataría... lucharía con él.
Otro rugido.
Mejor era huir... El tigre es grande! La zarpa destroza el pecho. Y gusta beber la sangre cuando todavía está viva la presa!... Más que sea él se salvaría... Mejor que murieran ellas! No! Si era su hija. Si era su negra!

—Leonardo, er tigre!
—Ay! Ay! Taita me come...
Mentira, que miedosas eran! Lo hacían para que él fuera... Pero ya iría... No había necesidad de que lo llamen.
Apareció, bello en su fraldad, manchado, no tigre sino jaguar: el pelo hirsuto y sucio de lodo.
Apestaba! A vómito, a sudor, a ahrio, a defecación.
—Leonardo, mija! Mija! Mija!
El señor de la traición y la sangre con dos saltos como dos golpes abofeteó el espacio y las distancias se derrumbaron humilladas.
Pero no cayó sobre ellos. La víctima fue un venado.
—Ya no.llores, hija.
—Bendito Dios que nos hizo gente!
—Quién sabe, mujer, quién sabe!
Siguieron internándose en la montaña.
Ya no había bejucos. Ahora sí era la montaña brava con toda su majestad traidora.
Los mosquitos en miles, ventosas mínimas del gran pulpo de la selva, mar verde, succionaron su carne.
Se cumplia la gran ley: devoraban para devorados.
Y la negra, la compañera, pensaba: "Pero, para qué mató?... Mejor hubiera sido dejarlo, hacerse el chino, dejarlo... Acaso ella no sabía defenderse? Pero el no era un cualquier cosa! Si el se robo a su negra no se la había robado para otro. A cuenta de que fuera blanco...! Porque ella era de él! Era de el!".
Pasaron bajo robles gruesos de oliente madera y porotillos de cabecera riza y espinoso cuerpo. Gelíes de desarticulados miembros y de los mil brazos que llaman al sol. Junto a los centenarios cascoles de ragoso cuerpo y musculoso tronco.
Pisaron sobre la grama y la paja blanca; se abanicaron con la llorona; comieron la tuna y apagaron su sed con la pitahaya.
Y todo entretejido por no sé qué misteriosa tejedora que enlaza la muerte y la belleza.
Y en aquella maraña verde los árboles danzan y se retuercen, al compás de los vientos... Se dijera bailarines que se cansan y son obligados a bailar... Y es él, el viento el que hace de música y de látigo.
Pasaron: Leonardo como viejo baquiano, recordaba su niñez de bajador de alfajías. Iba delante, guiándose por el sonido del viento. O por las telarañas.
—Taita, tengo hambre!
—Oite negra, tenés por ahí algun maduro 'e los que no hemos comi'o?
—Ni eso. To'íto se ha acaba'o.
—Taita, tengo hambre!
—Espera un rato.
Pegó la oreja al suelo.
—Si, si es. Parece que no... No... Sí es... Sí es...
Se levanto radiante.
—Camina un poco más... Pa' arribita hay un esterón.
La esperanza les dió fuerza y llegaron.
—Toma agua!
—No taita... tengo hambre... quiero comer!
—Toma agua pa' que aguantes un poco más!
—Yo tengo hambre. Vos no tienes? Yo no quiero agua... Quiero comer!
Y lloraba...
Leonardo miró a su mujer. Pálida, flaca, rotosa, desencajada la cara...
Y todo por él. Porque él había mata'o.
Miró a su hija: angelito del Señor! Tan chiquita... Tan flaquita que estaba... Si él se dejara coger nomás! Pero, entonces seguro que lo mandarían a Quito, al Panoptico...
—Taita, deme algo pa' comer... Quiero comer carne...
—Carne? Pobrecita! Toma agua...

—No tengo sed.
Miro los árboles. Una vez más los tunas servirían de alimento. Alzó el lachete para tumbar una.
Una equis rabo de hueso pequeñita saltó entre la yerba e incrustó sus colmillos en la pierna de Leonardo.
—Barajo negra, me morí! Una equis rabo 'e hueso aquí en to'a la guayabita, negra! Me morí!
—No, Leo... Dios! San Jacinto lindo!
—Ve negra, las uñas ya se me pusieron negras! Ni masque me moché la pierna!
Se ponía pálido. Lívido, con una lividez de fondo verde. La sangre le salía.
—Negra... Mi... ja... Mija...
Ya no podía hablar. El veneno abraba
—Vea mijita a su taita... Ya tan más negras. Vea la pierna morada! Y no haber fósforo!
El día murió. La negra y su hija querían enterrar el cadáver.
Durmieron.
Cuando despertaron los gallinazos no se atrevían a devorarlo. Tal vez conocían el veneno. Las hormigas lo invadieron.
—Mamá, tengo hambre!
—Tu taita se murió. Rézale a San Jacinto pa' que lo tenga con bien.
—Tengo hzmbre, mama.
Comentaban cuando se supo la noticia en la hacienda.
—Y er Leonardo izque se murió?
—Si, hijo.
—Y la hija y la mujer que se hicieron?
—Como el le sacaba la madera 'e la viuda der tamarindo, tal vez...
—Se las quitó?
—Si...
Seguían conversando el agüelo y er nieto.
—Agüelo, y por que se fgó er Leonardo?
—Porque mató ar patrón y lo hubieran puesto preso...
—Agüelo, y es malo matar?
El viejo chupó el cigarro.
Clavó la mirada en los ojos del futuro sabanero y contestó:
—Quién sabe, mijo, quién sabe!
El sol llegaba al cenit. No se qué en su claridad reía y no se qué en su claridad sollozaba.
Mientras acariciaba el viejo al nieto entre dientes, murmuraba:
—Quién sabe, mijo, quién sabe!

—Te quiero y nu'ay más.
—Y yo me río 'e vos.
Estaban frente a frente. Desafiante ella, él ardiendo. La balsa sufría el lento balanceo del aguaje. Desaparecían los barrancos. Los árboles tenían el agua a la rodilla. La hirba se ahogaba. Culebreaba los rayos verdes de la fuga inquieta de las iguanas. Los alacranes de monte se refugiaban en las rendijas. "La Manflor" y "Er Cuchucho" se miraban.
Era una balsa con ramada cuyo bija'o ensopa'o parecía querer agobiarse.
El vivía allí. Solo, soltero. La Manflor había venido. A qué? A provocarlo? No: había venido a lavar.
—Hey, Cuchucho vo'a laver este quipe 'e ropa.
—'Ta bien.
Pero no se contuvo. Dejó ella el sombrero de paja a un lado. Con una bateita sacaba agua e iba lavando agachada. Cuchucho seguía avidamente el dibujo de las caderas y de las nalgas, casi transparentadas por la pollera, en la posición forzada.
Crujía la balsa. El aguaje seguía avanzando. La balsa subía con sacudidas que se dijeran nerviosas. Algo tenía lavado y exprimido con esos brazos redondos de músculos medio varoniles, cuando un crujido más recio conmovió la carcasa. Se volvió:
—Qué jue? Si 'unde el armatroste?
Muy adentro en los campos se veía el agua crecida hasta más arriba de la mitad en los troncos conocidos.
—'Tamos solitos... Y no podemos salir de la balsa?
—Y la canoa?
—Nu ay canoa.
Miró a Cuchucho dandose cuenta. Que cara 'e bruto tenía! Como la miraba! Que se creería?
El saltó; un salto vago, por saltar, como salta el camarón en las orillas, para hacerse ver.
Le puso una mano en el hombro:
—Te quiero, Zoila, te quiero...
—Vos? Vos no eres hombre pa' mi. Yo me rio 'e vos...
La voz de Cuchucho tomo vibraciones duras y dolorosas:
—Te quiero y nu'ay más...
—Y yo me río 'e vos... Nu entiendes?
Entonces Cuchucho se acordó del apodo y de la leyenda. Así como a él decían Cuchucho por enamora'o, ella tenía su historia.
—Ajá, ya sé por qué... A vos, dizque no te gustan lo hombre sino a las mujeres como vos misma... Voj erej una tojtillera!
—Y más que juera! A vos que te impojta?
Iba a saltarle encima.
La Manflor reía nerviosa. Mostrando la peinilla de sus dientes finos y parejos.
Un golpe muelle resonó arriba. Una cabeza 'e mate aislado de su banda perseguido por el aguaje, saltaba al techo desde uno de los mata serranos de la orilla.
Miraron a lo alto. El pequeño felino se resbalaba sujetándose con las uñas por una guadúa. Quería llegar a uno de los palos de balsa de abajo. El techo crujiente y movil no se agradaba.
—Vej al cabeza 'e mate? —soltó ella con acento preciso.
—Si y qui'ay?
—Ve
Con un ademan breve y seguro —uno solo— arrancó el puntal donde estaba clavado un rabón y lo lanzó. Tan fuerte fue cogido el gato salvaje que la punta del machete se hundió vibrante en el palo de balsa, prendiéndolo como a una mariposa con alfiler.
Cuchucho se rió y le escupió su aliento encima:
—Yo no soy un cabeza 'e mate...

Y se aventó sobre ella tratando de alzarle las faldas.
Lucharon. Ella estaba furiosa y era fuerte. El la deseaba y era hombre.
Cayeron debatiéndose.
—Maldecido!
Sentía la mano apretarle adentro, pellizcando la carne y el puñado de intimos vellos.
Lo mordió en el hombro. Babeándose la camiseta. Y en una vuelta lo pateó. Un seco puntapie a lo prohibido.
—Culebra!
Y la soltó con ganas de brincarle de nuevo.
La Manflor se llevó la mano al bajo vientre adolorido y retrocedió.
El aguaje parecía subir aun. Los campos seguían inundadas hasta lejos.
—Pa' las dos vacía! Y antes que vire l'agua vos tiras conmigo, so perra!
Le contestó con una carcajada.:
—Vamo peliándolo ar jierro... Si me ganas 'ta noche me quedo con vos... Duermo con vos en la balsa 'sta mañana... Si te gano, no friegas más... Quieres?
—Ya 'stá.
—Juro que si te gano, no me molestes más!
—Por esta cruz, negra. Y jura vos que me los das esta noche si te gano.
—'Ta jura'o, por San Jacinto mi patrón.
A los cuatro campanazos de los machetes la marimacho hizo saltar al estero el rabón de Cuchucho.
—Ah! Maldita sea!
Tenía que cumplir. Se quedó quieto. Después se metió en el cuarto y se acostó en la hamaca. No decía una palabra. Y luego ella también había callado.
Bajo la marea como baja en aguaje. Antes de que hubiera caminos, Cuchucho asó un bagresito y un verde y le brindó. Ella aceptó y como sería, sin desafiarlo ya.
Al fin salió de la balsa.
—'Ta otro día...
Caminó por la tierra enlodada de la que salían húmedas evaporaciones de caliente sol.
"Ta otro día"
Y él sabía que no volvería más. Porque odiaba a los hombres y su contado la mujer esa; era la Manflor.
Cuchucho empezó a arreglar sus cosas. Al día siguiente se iba para Guayaquil.
Ahora el estero estaba tan vació que la balsa descansaba en firme sobre su cama de lodo.
Y no se veía sino un surco, una herida llena de lodo —pus de la carne de la tierra— en cuyo fondo chorreaba un hilo de agua turbia.

TREN — ENRIQUE GIL GILBERT

I

Ellos los veían trabajar todos los dias. Eran hombres venidos de la ciudad y gringos de sombrero alón, pantalones de montar y pipa en la boca.
Iban a ver como trabajaban. Pasaban horas y más horas contemplando como rompían la tierra con sus picos o echaban cascajo encima del relleno para poner unos palos acostados.
—Es el tren que va a venir.
Explicaban.
De entre ellos alguno, que habían estado por arriba, la conocían.
Era un carro enorme que corría mas duro que un parejero y parecían animal.
Arrastraba rabiatados un porción de carros. A veces gritaban "como un chico llorón". Cuando avanzaba sobre los rieles —contaban los que conocían— nada respetaba. Por allá arriba había matado cuanto chivo y borrego encontraba. Y nadie les pagaba nada!
Así decían. Los otros escuchaban absortos.
Pero lo gringos decían que iban a traer la civilización.
La civilización? Y que sería eso? Todos discernían y cada cual emitía su opinió.
—Er tren! Er tren!
Ya sabían el nombre. Por lo pronto era bastante.
Lo que sabían algo explicaban a los que recién venían, atraídas por la novedad.
Y los picos seguían rompiendo.
Habían traído unos aparatos... Mas frega'os!
Eran unos tubos que los ponían sobre unas cosas de tres patas, largas como gallaretas. Por ahí aguaitaban... Que verían?
Ah! Pablito había visto. Era para aguaitar unos palos colorados y blancos que los ponían para verlos.
Pablito se reía de los gringos.
No tendrían que hacer? O serían locos? O brujos?
Una vez se la había ocurrido aguaitar y un gringo alto le había dado un soplamocos que no le dejó más ganas. Solamente de lejitos iba a ver.

II

—Que le parece a vos?
—Pa' mi que 'sto ni me va ni me viene...
—No te han quita'o nada 'e tu terreno?
—He oído algo de eso. Izque lo iban a aspropiadas.
—Despropiadas, hombre.
—Güeno, yo que se.
—A mi ya me hicieron eso.
—Ajá, y como fué?
—Vinieron cuatro gringos con un pilo 'e blancos.
—Ajá.
—Y me preguntaron como me llamaba.
—Pa' que?
—Yo que sé... Y yo les dije... Que a quién le había compra'o esto... Yo les dije que era 'e mi mismo taita ya fina'o que mi difunto agüelo se lo había deja'o, que me lo había deja'o pa' mi, que era eredasión...
—Que preguntones!
—Después, que qué más tenía... Yo les dije que mi mujer y mis hijos y se rieron toditos... Entonces me dirigieron que qué animales y qué propiedás... Tuve que decijles to'ito... Se pusieron a hablar y había que hablar! Después di un ratisisimo salieron dándome unos papeles y diciéndome que estaba despropieda'o y que cobraran en la gobernación. Si yo no quiero vender —les dije, porque eso era lo que más atroz me daba. Si es pa' bien de ustedes me dijeron y se jueron sin hacejme caso. Lo necesitamo, dijo un gringo y

se jué dejándome con los papeles.
—Gringos desgracia'os!
—Si, compadre.
—Si viera lo trabajosísimo que's er papel pa' cobrá. Si hay que pagar un pilo 'e cosas pa' poder poder cobrá.
—Así son: cobran pa' pagar.
—Y todo eso pa' que venga un tren con sebilización?
—Y cómo sería eso?
—Donde ahora que a mí no me gusta.
—Como ha empeza'o.

III

Pasó algún tiempo. Los trabajos avanzaban. Las expropiaciones continuaban y el tren no venía.
Habían colocado las lineas. Al fin un día dijeron que ya iba a llegar.
—Ya viene! Ya viene!
Salían todas las mañana a mirar por si acaso viniera. Pero no venía. Un día...
Vinieron unos señores elegantemente vestidos con un cura y bastantes señoras. Hubo fiesta.
—La inauguración —les explicaron.
—La nagurasion —se decían unos a otros— Esto es la nagurasion.
Y se quedaban como si no les hubiera dicho nada.
Pero a los pocos días ya no trabajaban
Las mujeres pusieronbel grito en el cielo. Ya no había trabajadores sedientos que consumieron la dicha preparada por ellas. Ya iba a llegar el tren. Una curiosidad por ver algo que no habían visto se apoderó de todos poseyéndolos con furia.
Seguían desangrándose los dias y el tren no venía.
La espera había engendrado la duda y estaba a punto de nacer la incredulidad.
Cuando vendría?
Salían a ver como las paralelas a modo de dos largos brazos de un ladron desconocido se tendían sobre los terrenos que les habían obligado a vender. Contemplaban el sendero interminable con una angustia tonta. Se preocupaban más de lo que debían por conocer aquella máquina. Era una espera igual a la de los chicos en la nochebuena.
—Ya viene! Ya viene!
Se oyó un ruido espantoso. Los terneros balaron y huyeron. Los toros se miraron espantados. Las vacas quedaron clavadas en el pasto. Los caballos tras un relincho galoparon. Los chanchos gruñeron de susto. A las serpientes se las vió pasar rápidas, como una lengua que lamiera, asustadas, asustando a la gente.
Los hombres sintieron el temor innato que se siente ante lo desconocido. El rugido furioso apostró el silencio de la montaña cultivada.
El carro de hierro, negro, inmenso, arrollador, pasó tosiendo bulla y estornudando humo.
—Cuánta gente si ha traga'o.
Cuando pasaron el tren y el estupor, vieron...
Querían ver con serenidad... Y no querían creer lo que veían...
Al fin... Como saliendo de un sueño...
Un harapo... Un estropajo, un despojo...
No sería la defecación del monstruo.
Se acercaron más y más...
Un hombre se adelantó. Tocó: estaba ensangrentado.
Era carne. Carne humana. Por Dios! Podía ser? Era un muchacho. Como estaba allí?
—Pablito! —gritó una mujer— Pablito, mijito! Mira a tu mama!... Oi! Pablito...

EL CHOLO DE LAS PATAS 'E MULAS — DEMETRIO AGUILERA MALTA

—Pa' onde vas?
—Pa' abajo. Onde ño Gumercindo. Vo'a marisquear.
—Ajá...
Mordía el viento —ta que un tiburón— el rostro prieto de ambos. Las canoas se unían. Grito de mar latugueaban de lejos el ambiente. Los mangles se dirían una extraña fila de centauros.
—Todoy hey cogi'o la atarraya. Y no hey hecho nada. Parece que las lisas me huyeran. Además son tan chocorronitas.
—Entonces?
—Ej que me vo'a marisquear. Vo'a coger pata 'e mula. Me gusta más que la concha prieta y el mejillón. Estas son muy pequeñas. Con ellas no hay pa' para la olla. Si no se coge bajtantísimo.
—Ajá...
Gritaba una vaca de agua. Roncaba un tambulero. Sobre el agua —tal que lagartos innumerables— salían las figuras sepia grises de los bajos.
—'Ta bien, puej. 'Ta luego.
—'Ta luego.
Agil. Tal que lisa de pechiche. Brincaba la canoa. Domando las olas atrevidas. Desafiando al viento y desafiando al sol.
Penso:
"Y si le huyeran las pata 'e mulas? Y si abriendo sus valvas poderosas se arrastran sobre la arena de los bajos? Y si su canalete y su ojo avizor no lograran nada en la búsquena afanosa?".
Rió.
Pata 'e mulas. Pobre animal pegado —sin estarlo— al sitio donde nació. Imponente animal. Solitario animal. Fruto de inmovilidad del árbol extravagante del barranco...
Pata 'e mula.
Onde ño Gumercindo, con la marea baja. Cuando el viento sopla menos y es más transparente el mar. Cuando salen los cangrejos a celebrar sus raras fiestas nupciales. Cuando los ostiones se ponen tristes. Cuando los mangles inclinan sus frondas venerables. Tal que si pensaran.
Onde ño Gumercindo...
—Que es de la Nica?
—'Ta planchando...
—Ajá...
La Nica. La chola amada...
La recordaba. Prieta, dura, hermosa. Como le brincaban los senos y las nalgas. Daban ganas de morderla. Ah! La Nica! La Nica!
Y como la Nica 'staba planchando... Volvió a su canoa y empezo a bogar...
Muy en la orilla. Pa' que no se espantasen. Silenciosamente.
Su vista de flecha punteaba la superficie del agua. Sorbía el horizonte marino. Tal que una taza de café. Y al divisar a la pata 'e mula, le lanzaba el canalete. Y después —hundiendo la mank bajo el agua— la sacaba.
—Ah! Pero, la Nica.
Y —sin poderse contener— volvió. Donde ño Gumercindo.
Oscurecía. Se 'mpinaban los mangles. Se callaban las islas. Mordía el anciano sol —con sus últimos dientes dora'os— la ensalada extraña del estero.
—Que es de la Nica?
—'Ta ocupada po' arriba.
—Ajá...
—Querés decijle argo?
Se turbó.
—No... No... Solo quería dejarke ejta pata 'e mula que'y cogío.

—Ajá...
Elevó:
—Nicaaa... Nicaaa...
—Mandeee...
—Aqui'sta Mamerto...
—Ajá. Como 'stá don Mamerto?
Tenía rabia. Rabia contra si mismo. Por que era tan bestia? Por qué?
Oscurecía —mardita sea—. Oscurecía mas y más. Las manchas grises de los arboles se confundían en las manchas grises de las nubes. Gris el cielo. Gris el agua. Todo grises.
Y esa noche —sobre el cuerito 'e vena'o— recordó: Claro. De la Nica.
La 'bía conocío po' arriba. Una vej que barquiaba madera. Y la 'bia conocío bañandose. Desnudita. Medio oculta por un brujquero de ñangas.
Se 'bía acerca'o. Despacito. Conteniendo la respiración. Tar que un borracho.
Ah! Como era de linda la Nica. Como le bailaba to'itita la carne. Como al echarle agua con un matecito parecía irse pa' dentro el estero.
Hubiera deseado saltar. Brincarle encima. Tirarse sobre ella y sobre el mar. Pulsarla como guitarra de carne. Hacerla vibrar. Hacerla sonar.
Pero allá. A diez pasos de distancia 'taba er viejo. Que jababa er fierro como naidie. Que lo hubiera clava'o ahi mesmo en er mangle.
Y esto quizá le hubiera importa'o poco. Pero... Y si la Nica le cogía odio? Si solo iba a gozar de ella un momentito? Por qué puej entonces no esperar? Día llegaría...
Y esperó. Esperó varios años. Desnudandola con los ojos cada vez que lo veía. Sorbiendo un poco der aire que ella sorbía. Ardiendo bajo el sol que a ella quemaba.
La 'bia arrincona'o varias veces. La 'bia dicho:
—Nica, sabes vos?
—Qué?
—Yo te quiero.
—Ajá, y qué?
La miraba intensamente. La cogía de un beazo. Trataba de besarla:
—No, no. Suerteme.
—Es que...
—No. No me digas náa.
—Pero Nica...
—No sea así, don Mamerto...
Mamerto! Mardito nombre! Por qué se lo 'bian puesto? Mamerto! Sonaba a salivazo! Mamerto!
—'Ta bien puej, Nica...
—De veras, don Mamerto...
Y nunca. Nunca lo dejó terminar.
Esa mañana el otro lo despertó:
—No sabes vos?
—Qué?
—Que la Nica se ha larga'o.
—Larga'o?
Fue como si le machetearan el cráneo. La sangre le brincó. Todo le dio vuelta.
—Larga'o!
Ah! Si fueran tal que pata 'e mulas. Sobre todo pa' el. Pa' el que las desea.
Ah! Si fueran tal que pata 'e mulas. Sobre todo pa' el. Pa' el que las divisaba donde lejos. Que solo tenía que meter la mano en el agua.
Mamerto: pobre cholo amansa'o con tragos de aguardiente.

MALDECIDO LLANTO — ENRIQUE GIL GILBERT

I

Solo!
Siempre la sabana lo sintió galopar solo sobre su vientre. Había pasado allí su valiente juventud, su arrogante madurez.
Solo!
Su relincho había traido a la salvaje yaguada y había sido dueño de mil potrancos y padre de mil potros.
Hasta que un día...
La sabana se conmovió: un galopar furioso injurió su calma. Era un galopar fatidico.
El magnífico cerrero irguió las orejas y un movimiento galvánico de nervios recorrió su ser.
Miro...
Descubrió agazapado en un brusquero una especie de caballo. Si lo hubiera sabido mitología, hubiera pensado en un antecesor. Era algo a manera de centauro. Un relincho estridente como un reto se incrustó en el silencio absoluto de la sabana.
Aquella especie de centauro se adelantó de pronto y galopó en dirección a él. Sus ágiles piernas dieron cuenta de las distancias más prolongadas. Tras el seguía fatídico galope.
Silbaban sus cuerpos hiriendo el ambiente en calma. Sus piernas golosas de distancias se embriagaban de velocidad. Un zumbido no escuchado sintió sobre su cabeza y al instante de escucharlo un algo cercaba su cuerpo.
Fuertemente tirado intentó un esfuerzo para desasirse de aquel dogal maldito. Fue inutil!
Se volvió iracundo. Su cuerpo cubierto de espuma brillaba y se sacudía onduladamente. Tenía frente así un caballo que, cómo él, jadeaba y el sudor lo arropaba. Sobre el cabello había un animal para él desconocido.
Aquel animal tenía la cabeza flexible, ancha, como si fuera de alas el cuerpo recto y de un color raro.
Estaba como clavada en el bruto. De sus manos —pegadas al pecho— salía la cuerda que lo sujetaba. Lo quería obligar a seguirlo.
Al fin —después de una corta rebeldía— lo siguió recio.
Atravesaron cien senderos. Había multitud de caballos y multitud de animales como el que lo sabía apresado, pero desmontados. Algunos tenían la cabeza en las manos.
Antes de su cogida se contaban mil hazañas de él.
Fue el bravucon que buscó pendencias a los padres de las haciendas; fue quien nunca se dejó atrapar por el certero lazo.
Hasta ahora, aquella especie desconocida de animales que siempre lo habían perseguido, había conseguido adueñarse de él.
Algo extraordinario debían ser para haber logrado hacerlo su presa con resignación.

II

—Vos te vas a tirar al chúcaro?
—Y qué? Si yo lo hey cogido.
—Querés que te sirva 'e padrino?
—Pa' que?
—Por si acá...
El chúcaro estaba ya allí. Se revolvía furioso. Tenía sobre él algo que lo aprisionaba. La barriga estaba sujeta talbién por algo. En la cabeza le habían puesto muchas cosas que le estorbaban.
Un hombre se acercó a él.
Hizo un ademán y lo vió todo oscuro.
Un peso le saltó encima.
Rebotó herido en los ijares. Fue un salto estupendo. Un relincho de dolor y un alarido de triunfo del hombre que lo mentaba.
El caballo se arqueaba, se contorsionaba, parecía una culebra fantastica su cuerpo, cuando en el aire

tomaba mil posturas diferentes. Una cinta de papel movida por el viento era su figura, trémula por el ansia de deshacerse de cuanto le estorbaba.
—Arrea, ñato.
—Si te hace llorar se llama "llanto"
—Me apuejto ar potro!
—Vo y medio galón de chicha.
El potro saltaba y saltaba como un bufeo. El hombre encima hacía prodigios de equilibrios de fuerza en las piernas. Las espuelas rasgaban la carne del potro que herido saltaba todavía más alto que la vez anterior.
De repente se quedó quieto. Las narices dilatadas, los nervios en tensión, las venas abultadas, los músculos hinchados.
Sudado, parrcía un bronce hecho vida por obra y gracia de la selva.
Los ojos vivos, centelleantes miraban a todos lados. El hombre encima se consideraba victorioso.
—Anda puej desgracia'o! O es que te fartan las juerzas! Pa' eso isiste tanta bulla ayer. Si se lo que ibas a ser ni te hubiera cogi'o!
Como si hubiera comprendido el reto. Alzó las patas delanteras y dándose un impulso con las traseras avanzó tal un avión que decolara.
El hombre gritó. No fue el grito de la alegría que produce el desafío del peligro. Fue un grito de dolor.
Cayo sobre la albarda yerto.
El caballo galopó algunos instantes hasta encontrarse con una cerca. Se detuvo. Ya habían acudido trás el algunos hombres.
El amansador de potros era un uiñapo sobre el costado del cerrero.
Los otros lo bajaron.
Tendido en el suelo quisieron aplicarle los remedios más a mano.
Uno de los espectadores con la mano temblorosa señalaba una mancha de sangre. Aparecía la sangre como si hubieran cavado un pozo artesiano. Escarlata viva, chorreaba por el pantalón, manchado sobre la lingle.
—Mira ahí... De ahí sale sangre...
El dedo tembkaba. Desabrocharon y vieron.
El hombre se levantó desorbitado... Trémulo... Pálido... Convulso, casi muriendo...
De los ojos infernales a causa del dolor, brotaron lágrimas.
Se llevó las manos al sitio dolorido y las retiró tintas en sangre.
Ah! Caballo desgracia'o! Maldecido llanto... Ahorita me las vas a pagar!
Sus ojos cubiertos de un velo de lágrimas buscaban algo. Se fijaron en la mano de uno.
Como se abalanza la fiera sobre su presa se lanzó hacia el machete que había visto.
—Ah! Desgracia'o!
Su mano en la cacha del machete impulsó.
Un brillo argentado, con la rapidez de un rayo, fulgió bajo sus ijares. Un río sangriento se desbordó y exhaló un relincho de dolor. Y galopó furiosamente con la velocidad inmedible que crea el dolor.
—Ah! Mardecido llanto, ora si estamo mano a mano...
Un estertor último y se retorció en el suelo.

EL CHOLO QUE SE CASTRÓ — DEMETRIO AGUILERA MALTA

I

—Tenés que ser mía.
—No.
—No? Ja, ja, ja... Ta bien.
Saltó —tal que un mono— sobre cubierta. Corrió. Hacía la proa. Desapareció entre los dedos frios de la noche negra.
Sonaba el mar sus castañuelas. Gritaba el viento, tal que un roncador. Chirriaban las maderas soñolientas.

***

—Tenés que ser mía...
Ah...
Lo vió otra vez. Con algo en la mano. Algo como una blanca lengua luminosa.
—Desgracia'o!
La lengua se hizo roja. Una extraña lengua que avanzó por la ramada. Que se prendió en la cubierta. Que se arrimó a las velas y a los mástiles. Que se irguió desafiante sobre la soledad del mar.
—Desgracia'o! Le habís prendío fuego...
Lo arrincono. En la popa. Casi envueltas en el vestido rojo de las llamas. Ella grito. Corrió. Trató de arrojarse por la borda.
Pero...
El desgraciado se acercó más. El desgraciado la cogió. La apretó a su cuerpo. El desgraciado le clavó dos ojos que eran dos machetazos.
—Tenés que ser mía.
Por odio —casi a pesar suyo por odio— le escupió en el rostro la palabra cortante:
—No.
—No? Ja, ja, ja... 'Ta bien.

***

El humo la ahogaba. El humo la hacia perder noción de todo. Le tornaba fiesta nupcial, la llamarada de muerte.
Los brazos de él entre tanto la cogían propicios y potentes. Las llamas extendían sus labios rojos para besar sus cuerpos duros de mangle.

***

Saltó con ella al mar. Tal que bufeo nadó. Brincó sobre las crestas de las aguas violentas. Puso en sus labios la risa irónica del domador.
Pensó en los tiburones, en los catanudos, en las tintoreras.
Rió...
Miró a la chola inconsciente que su nervudo brazo sostenía.
Rió otra vez.
—Tenes que se mía.
La balandra incendiada era apenas un punto luminoso en el horizonte.

***

Ya en la playa la chola volvio en sí. La miró intensamente. Profundamente. Sonrió.

—Desgracia'o!
—Tenés que ser mía... No verdá?
Y la chola se acomodó mejor en la arena de la orilla.
Y...
Nicasio Yagual, hombre joven y fuerte. Nicasio Yagual, domador de mujeres y canoas. De atarrayas y tiburones. Nicasio Yagual saludó a la mañana con la clarinada de su risa triunfal.
Nicasio Yagual tenía sed.

II

Tirado en el cuero de venado. Con dolor de recuerdo. Lo que no tuvo nunca.
El pasado —tal que luz en neblina— se arrinconaba en su pobre cerebro.
El pasado...
El mar reía. Los mangles se empinaban. Las tijeretas parecían querer cortar el vientre de la mañana indolente.
Ah! El pasado.
Como jué?

***

Puej, dende chico...
La canoa. La canoa rápida. Incansable. Tendida como una caricia al horizonte. El olor a pesca'o. El vestido de humo. La zarpa luminosa del sol. Fiesta de arroz y de lisas en el cotidiano devenir. Agitación de nada que se alarga en los esteros... Encanto de inconsciencia. Ceguera triunfal de no iniciación en los secretos de la carne.
Y un día...
Fruta en sazón al fin, el latigazo de esa carne. El temblor de la caricia ignoto. La mujer, la primera canoa de verdad. Para el violento estero de la vida.

***

Fue su prima.
Que un día arrinconó en una ñanga. Que un día abrazó brutalmente. Que un día tumbó sobre la playa. Tras un jirón de rocas soñolientas.
Tal que un machetazo sono un grito. Unas chaparras corrieron asustados. El viento se llevo el secreto. El secreto ya propio de Nicasio Yagual.

***

Pero una tarde.
En el mismo rincón acogedor. Con la prima fragante. Bajo un sol de caricia.
Surgió el viejo de ella.
Y —claro— saltaron los machetes. Florecieron en relámpagos. Chocaron. Gritaron. Rugieron.
—Desgracia'o! Tenés que casarte...
—No seas... No me hey de casar con naidie.
—Ya veremo 'e que te cuerguen las tripas...
—Ja, ja, ja.
La chola vibraba como un machete de carne. Las ñangas se empujaban. Las rocas parecían caminar.

***

Porque le abrió el cráneo al viejo. Porque lo buscaban por todas partes. Porque le dijeron que de noche el

muerto lo andaba buscando en los manglares solitarios.
Nicasio Yagual se fué por arriba.

***

Ah! Por arriba...
En visión de relámpago, se vió sobre potros y sobre mujeres. Tirando el lazo y el machete. Desyerbando al arroz u ordeñando al ganado. Más hambre que siempre y que nunca.
—Pero...
Maldita sea!
La mujer del patrón. La blanca fuerte y joven, lo mareó. Tal que el mejor guarapo del río Daule.
Y como ella no lo quería. Como ella ni siquiera lo miraba. Como ella lo trataba con desprecio.

***

Esperó...
Días, meses, años...
Pero al fín —una tarde— el patrón le dijo:
—Nico, acompaña a la señora: va para "Dos Revesas".
—'Ta bien patrón.

***

Iba en silencio. Muy juntos y muy despacio.
Atravesando los enormes matorrales. Viendo de vez en vez, la negra veta del carbón en formación.
Espantando los puyones fastidiosos.
Faltaba algo todavía. Acaso una hora o más.
El —de pronto— habló:
—Patrona.
—Qué? Hombre.
—Usted es linda.
La blanca lo miró. Y casi entre dientes:
—Por usté... Todito... Dende la vida...
Ella río más.
Los caballos aligeraban. Los tamarindos venerables parecían escucharlos y ofrecían sombra amiga...

***

No recordaba bien.. Acaso él intentó poseerla. Acaso ella protestó. Acaso él la tiró del caballo. Acaso la golpeó. La golpeó demasiado. Acaso alguien la hizo daño después.
Acaso...
Pero...
Lo cierto es que lo buscaron. Para matarlo. Para guardarlo en la cárcel. Para quién sabe qué. Porque a la blanca la encontraron medio muerta. Bajo la sombra amiga de un enorme tamarindo.

III

Tal su pasado...
Su pasado de don Juan de las Islas. Ahora? La tranquilidad. La paz. El refugio bienhechor del cuerito 'e vena'o. El silencio. La más preciada voz del que luchó.
Pescaría. Cogería lisas y parbos, roncadores y chaparras, corvinas y cazones. Tendería las redes —

enabrazo brutal— sobre la carne móvil de las aguas vibrantes. Donde nació moriría. Su amada canoa —en marcha veloz— lo llevaría a los recovecos más oscuros de las ñangas.
Ah. Nicasio Yagual.

***

Pero...
Maldita sea!
De por arriba. Nacida ríos adentro. Extraña. Brava. Dominadora. Riéndose de mujeres y de hombres.
Llegó una mujer...
La Peralta...
Que dizque manejaba el fierro como nadie. Que dizque que se habría comido a varios. A varios de por arriba.

***

Y —es claro— Nicasio Yagual brincó. Olvidó sus pecados y sus redes. Su silencio y su paz. Exploró —con ojo avizor— la selva monocorde de las ñangas. Se introdujo tal que anzuelo de angustia en las agallas grises de las islas.

***

Y la encontró. Sola. En su canoa de pechiche. Tal que una aparición. Regadora de cromos y de ruidos. Le pegaba al viento los vestidos tenues al cuerpo triunfal. Los pechos saltones parecían sonreír. Las caderas opulentes tenían desdenes de dominación.
—Querés que te acompañe?
—No...
Las canoas se unían. Aunque ella tratara de evitarlo.
—Quién eres vos?
—Nicasio Yagual.
—Ah. Nicasio Yagual? Er que ha frega'o a to'o er mundo por este lado?
—Si...
La miró intensamente. Explorándolo.
—Bueno. 'Ta bien. Me voy...
—No. No te vayas.
—No? Cuidado.
—Cuidado de que?
—Te va a pasar lo que ar dijunto Banchón.
—Que le pasó?
—Lo encontraron muerto en su canoa.
—De veras? 'Ta bien... Pero no te vas...
—No me voy? Ya verás...
Se echó a pique. Rápida. Violenta. En su mano vibró el fierro. Agil y luminoso.
—No me largo?
—No. No te largas... Pero espérate. Quiero decirte algo.
Se acercó. Casi a tocarla. Le miró en los ojos.
—Sabes vos? Tu manejas el fierro mu' bien. Yo lo mismo. Hagamo un trato. Demono ar fierro. Y si tu ganas haces lo que quieras conmigo. Si yo gano serás mía.
La chola a su vez rió.
—'Ta bien.

***

Se abrieron. Los pies en los bordes de las canoas agitadas. Con algo de sol en los ojos y de viento en los brazos...
Los machetes arrojaron serpentinas de fuego. Tal que extrañas campanas latiguearon el ambiente con sus sones.
—Va a probar Nicasio Yagual... Va a ver cómo es una hembra 'e por arriba...
—Si. De que tenga en mi tordo. Y te haga gritar.
—Ja, ja... Te vo'a quitar lo que te cuerga.
—De verdá? Y entonces que dejas pa' vos?
—Desgracia'o! Tápate este golpe...
—Ya 'stá!
Rojos los cuerpos vibrantes y los machetes brincadores.
Rojo el cielo.
Rojo el mar.
Rojo el sol.

***

De pronto Nicasio se hizo atrás. Ella saltó. Le echó el machetazo. Pero perdió el equilibrio. Sintió un golpe en la frente. Todo le dió vueltas...
Cayó...

***

Volvio en sí. Tirada estaba al plan de la canoa. Nicasio al pie de ella la miraba. Casi inconsciente se tocó la cabeza.
Nicasio rió.
—No hay ná'a. Solo fue un planazo.
La Peralta medio se levantó.
—Me habís gana'o. Ya 'stá. Me quedo.
Nicasio lo miró. Se inclinó. Le cogió los brazos. Y una voz extraña. Un saber como. Tal que borracho:
—Sabes vos? Tey gana'o... Pero te vas... Yo hey frega'o a todo er mundo. Hey tira'o a las mujeres que'y quería. Hey machetea'o a to'o er que se atravesó en mi camino... Pero vos? Yo quiero que te largues... No quiero verte más...

***

La chola lo miró asombrada.
—No. No me voy... Me iré con vos... Onde quieras... Pa' lo que quieras...
Nicasio saltó. Bogó. Bogó. Bogó con rabia. Sin mirar hacia atrás...
Los mangles se reían a carcajadas. Y las olas diminutas y perleras tenían un gesto irónico al paso de la canoa triunfante.
Pensó.
Que sería? Le daba asco a él mismo. Por qué no lo tumbó como a tantas otras? Pir qué no le sorbió media vida sobre los pecgos macizos y los nubes elásticos?
Ah.
Algo le gritaba adentro, no sabía adonde. Algo le volvía un estúpido. Lo amarraba a la imagen de esa mujer. Lo inmovilizaba en la prieta canoa de pechiche. Lo hacía rodar como una ola más entre la fiesta de las olas chilladoras. Lo hacía huir ante la Peralta que lo andaba buscando.
Y es que sabía que —para él— esa no era lo mismo que las otras. Que la deseaba de una manera distnta.

Con desei perenne, extraño. Un deseo que no tuvo jamás.
Pero...
La Peralta lo arrinconó en un brusquero de ñangas. Se le acercó temblorosa. Aunque el otro quiso huir...
—Que te pasa, Nicasio Yagual? Acaso te han capa'o?
—No. Lo que pasa es que no me gustas.
—No te gusto?
Con gesto violento se rompió el vestido. Y se acercó más.
Nicasio cerró los ojos. Vio remolinos de soles... Tembló...
Pero...
Sintió una mano atrevida que le exploraba partes intimas... sintió que su carne le hacía traición. Sintió que los soles se le adheríanpor todo el cuerpo... Incendiándolo... Y no pudo más... Abrió los ojos...
—'Ta bien, pué.
Se dijera que los mangles bailaban en la orilla. Las canoas parecían ayudar...

IV

Pensó...
El era bueno. Ahora que se buscaba a sí mismo —sin saberlo— lo había conocido. Creía en Dios, en la Virgen, en todos los santos... Creía que se iria al infierno... Claro... Así le había enseñado su padre... Y así había de ser...
Pero había algo que lo había manchado. Que lo había obligado a ser malo. A volverse un tiburón del mar de la vida. A matar hombres y a fregar mujeres.
Intentó rebelarse muchas veces. Pero todo fue en vano. Ese algo lo dominaba, lo poseía, lo arrastraba.
Ah. Pero se vengaría.
Se imaginó a esos cerdos que perdida su potencia viril, solo piensan en comer y dormir.
—Ja, ja, ja...
Se vengaría...

***

La mañana vibrante y luminosa. El sol como una mano de oro tocando en las guitarras blancas de las nubes...
Un cholo en la playa. Y un machete en la mano del cholo..
De pronto, hay un relámpago. Hilos rojos tejen enredaderas de angustia en el inmenso vientre de la orilla.
El cholo coore con su trofeo inútil en la mano.
Corre.
Corre.
Corre.
Hasta que vacila y cae.
Una jaiba se acerca perezosamente. Un camarón brujo parece reír. Allá a lo lejos silba —con su aleta cortante como un puñal de carne— la tintorera audaz.

***

La Peralta ha encontrado el cadáver mutilado de Nicasio Yagual. Y no comprende —ni podrá comprender nunca— la tragedia del pobre cholo que se castró.

La Salvaje!
Viviña tenía ganas de conocerla. Se mofaba de todas las historias sin creerla. Esta le daba el atractivo del incitante sensual: la salvajz raptaba a los hombres. Se los llebava al monte. A tenerlos de maridos. Los otros cuentos era nada! El descabezado. La gallina de los cien pollos. El ventarrón del diablo. Bah! No temía a los muertos. En cuanto a los vivos los había probado. Cuando peleó con Toribio al machete. Por un pañuelo 'e la Chava. Le rompió las costillas y delantes de todas que gritaban:
—Cójanlo! Cójanlo!
Lamió la negra hoja cubierta de coágulos.
Su ociosidad lo hacía vaguear. Acostumbraba irse a dormir al monte. Y se iba a Güerta Mardita. Sin impirtarle una guaba la penación del moreno que estaba allí enterrado con la mujer y los hijos, a los que mató. Los que la cruzaban de noche decían que oían salir gemidos de bajo la tierra. Viviña oía unicamente el silbido del machete del viento tumbando ramas viejas y matas de plátano secas. Las congas haciendo huecos en los palos podridos. Y la noche caminando.
Oía tanto de la salvaje. Muchos guapos le confesaron:
—Si fuese más atento... Palabra que m'iba pa' dentro a buscarla...
La describían con una mezcla de temor y de procacidad:
—Es güena, caracho! Izque relampaguean los ojos peor que al tigre. Tiene unos pechotes. Y es peludísísima. Pero el cristiano varón que cae en sus manos no vielve más nunca pa' lo pobla'o. Y ej imposible seguijla el rastro: tiene los pieces vira'os al reves.
Viviña se reía por dentro y contestaba:
—Ajá...
Y un día se marchó al monte. Compró unas chandetas serranas de cabuya. Se ciño el crucerito. Y caminó pa' arriba por las huertas interminables. Atravesó sabanas y bejuqueros. Rodeó las últimas haciendas. Hizo tres jornadas comiendo frutas, ardillas y conejos; bebiendo agua atenosa de los ríos.
Dormían enhorquetada en los árboles altos. Buscando los que no son vidriosos para no ir a derrumbarse en medio sueño.
La obsesión de la salvaje lo seguía.
De día nerviosamente la buscaba tras todos los brusqueros. O metida en el hueco del tronco de los gigantescos higuerones. De noche soño dos veces con ella. Velluda y lasciva. Con su carne prieta que imaginaba igual a la leña rojiza de las figueroas.
Tan vivamente soño que al despertar —poniendo un poco en ello de su mota de siempre— se acarició solitario.
—Bará que si ha para'o. Que haría la salvaje trancada con este pedacito?
Con furia. Como en el tiempo en que se metía debajo de la escalera a aguaitar bajo las famdas de sus hermanas. Cuando era muchacho.
El árbol se estremeció. Cuando Viviña se sintió marear —al fin casi es lo mismo que el sapo de ellas— una lechuza graznó. Follaje arriba su cabeza.
Al cuarto día cruzó un río. Rioverde —pensó. Era un canalón de verano. De invierno se llenaba. Ahora estaba medio de agua lamosa. Cubierto de una capa de baba pestilente.
Del otro lado estaba la montaña. Bejuco. Bejuco. Que arbolazas! Y el silencio negro debajo.
Viviña había estado allí sacando madera. Pero no solo. Ahora le pareció un brusquero enorme y cerrado. Donde no le daban muchas ganas de penetrar.
—Ahi talvez 'sta la salvaje!
Se quedó en la orilla de Rioverde.
Toda su vida se acordaría de la tarde que pasó. Sentado en un tronco caído. En una playita.
El silencio le daba miedo.
La quietud del brusquero gigante tras el cual había quien sabe qué...
Toda la gente tan lejos. El agua verde acostada con los brazos abiertos. Se aclimataba al prodigio... o enloquecía.

Con quién hablar?
De noche oyó rugir al tigre. La bestia lo olía. Viviña lo olió también. A berraco. A perro sarnoso. A mea'o podrido.
En casa ajena no se hacía bulla. Y allí se estuvo. Callado. Sin palabrar. Con la lengua seca y la boca salada.
El matapalo de muchos troncos era espeso y rumoroso. Quizás eso la salvó. El tigre se contentó con un mono. Un mono alto, alto, que estaba agazapado más abajo de Viviña. Un mono igual a un negro. De barbas temblorosas. Y que del miedo gemía como un niño.
Saltó el tigre. El bultazo rompió el ramaje. Le pareció grande como un chumbote o un burro.
A la madrugada lo desperaron gritos de pajaros que no conocía.
Empezaba a temer la montaña. Cuando clareó bajo al suelo a beber. El agua inmunda le dio asco. No había otra cosa. Y el susto le da sed!
Y la Salvaje? Nada...
Cada vez creía más que todo era un cuento. Rompió el bejuco a machete. Se cansó. Pisaba con temor la hojarasca: "por si aca una rabo 'e hueso". Avanzaría sin abrir camino. Deslizando su cuerpo agil. Entre las enrevesadas atarrayas vegetales.
Desayunó zapotes que sabían a yerba. Comió guabas y caujes.
Al mediodía de un garrotazo mató un armadillo. Encendió una candelada y lo asó en su misma concha.
Pensó que no pasaría otra noche como la anterior expuesto al capricho del tigre. Encendería fuego y pasaría despierto.
—Como se durmió en tierra? Vino el sueño del olor agreste de las frondosidades de los arboles desconocidos? Fue solo el cansancio?
Allí estaba. Caído como un tronco más. Rotas las raices. Tumbado de espaldas en las hojas secas. Inmóvil. Y al despertar...
La salvaje!
Unos brazos. Que brazos duras y blandos a la vez, como el caucho. Una boca. Un caminito succionante y pegajoso, que chupaba activo y de repente cesaba; se dejaba; parecía nada más ya que la pulpz dulce de una rara guanábana sin pepas.
Y un peso encima. Se iba dando cuenta. Los pechos —era verdad lo que contaban— eran redondos y tibios. A Viviña le recordaban los de una longa criada en el pueblo y que fue suya.
Se notó echado de espaldas. Apoyados los riñones en una raiz de higuerón.
Ese vientre en movimiento.
Y la sensación chupante y ruda del centro de esos muslos que lo envolvían con avideces de culebra. Y vino el mareo del amor.
Pero entre esas caricias cada instante más multiplicadas y feroces, que en el extremo vibrátil de su ser le dolían y las gozaba, que sentía?
Ah! Por qué?
Los brazos amantes le apretaban el cuello. Se ahogana. Había tenido todo el rato los dos ojos de ella negros y llenos de luz llameante frente a los suyos. En la angustia los vió borrarse y perderse en el apretón.
—No. Suelta... No.
Las palabras no sonaron. Tabletearon como martillazos dentro de su cerebro. Ya no se defendió. Ella encima. Cálida, lo envolvía. Se le entretejía con brazos y piernas. Por los besos entraba en él el jugo de la montaña.
Y tido, todo, se le volvió confuso, turbio. Menos la palabra extendida, inacabable, que le retumbaba dentro:
—La salvaje!

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN 1930